

## ABSTRACT

“THE BOG GIRL,” BY KAREN RUSSELL, AND “TINY MAN,” BY SAM SHEPARD,  
TRANSLATED INTO SPANISH UNDER THE TITLES *LA MUCHACHA DEL PANTANO*  
AND *HOMBRE EN MINIATURA*, RESPECTIVELY

Alejandro Tamayo, M.A.  
Department of World Languages and Cultures  
Northern Illinois University, 2018  
Francisco Solares-Larrave, Director

The stories translated for this thesis, “The Bog Girl” and “Tiny Man,” were originally published by *The New Yorker* magazine in 2016. Although stylistically different, these tales are thematically similar; both are stories of adolescent sexual initiation and coming of age. Through the use of comical-grotesque imagery and subject matter, both authors were able to create narratives of alienation and loss, full of pathos, that underscore the humanity of their main characters.

“The Bog Girl” tells the story of Cillian, an adolescent boy who accidentally unearths the perfectly preserved body of a young girl sacrificed in a peat bog during the Iron Age in the wetlands of the European island where the story is set. Cillian falls immediately in love with her and brings her home with him. Rather than reacting towards the unconventional infatuation of her son with a mummified girl, the young man’s mother anguishes over his loss of innocence and his gradual emotional detachment from her. Cillian is prepared to quit school, his mother, and the island to spend the rest of his life with the Bog Girl. But one night, the Bog Girl comes back to life. In spite of his longing for her, Cillian is horrified and panics. His mother commands him to take her back home. After a final, erotic embrace, the Bog Girl lets go of Cillian and slips into the bog water where she had been found, and her body disintegrates.

In "Tiny Man," the narrator relates, in a series of oneiric-like vignettes, his encounters with a group of gangsters who are abusing and displaying around town the embalmed and miniaturized corpse of his father. Other vignettes have to do with Felicity, the underage lover of the narrator's father who is about the same age as the narrator was when the events took place. Although the narrator and his father move away to run from the legal consequences of having Felicity around, she finds their new place and keeps showing up looking for the father, who works far away and is never home. Eventually, the narrator and Felicity have sex. This creates a profound sense of guilt in the boy. He feels he has betrayed his father. He sets off on a journey to find his father and beg him to come back to Felicity. His is not only a geographic journey but also an introspective quest through the emotional void that existed between father and son.

NORTHERN ILLINOIS UNIVERSITY  
DE KALB, ILLINOIS

MAY 2018

“THE BOG GIRL,” BY KAREN RUSSELL, AND “TINY MAN,” BY SAM SHEPARD,  
TRANSLATED INTO SPANISH UNDER THE TITLES *LA MUCHACHA DEL*  
*PANTANO* AND *HOMBRE EN MINIATURA*, RESPECTIVELY

BY

ALEJANDRO TAMAYO

A THESIS SUBMITTED TO THE GRADUATE SCHOOL  
IN PARTIAL FULFILLMENT OF THE REQUIREMENTS  
FOR THE DEGREE  
MASTER OF ARTS

DEPARTMENT OF WORLD LANGUAGES AND CULTURES

Thesis Director:

Francisco Solares-Larrave

## ÍNDICE

	Página
INTRODUCCIÓN .....	1
Sobre la traducción .....	12
Obras citadas.....	15
Nota sobre Karen Russell .....	16
Nota sobre Sam Shepard .....	17
1.    LA MUCHACHA DEL PANTANO .....	18
2.    HOMBRE EN MINIATURA .....	46

## INTRODUCCIÓN

En el 2016 la revista *The New Yorker* publicó “The Bog Girl”, escrito por Karen Russell, y “Tiny Man”, escrito por Sam Shepard; dos cuentos de autores que, a pesar de sus diferencias generacionales y estilísticas, comparten una extraña semejanza temática y tonal. Son historias que transitan de una manera extraordinaria entre lo cómico y lo grotesco, entre el horror y lo conmovedor. Sus estilos son diferentes, pero el tono de pérdida, de alienación, es el mismo. En ambas historias los jóvenes protagonistas se encuentran en medio de una situación absurdamente desesperada por lo cómicamente grotesco (gótico) de la una y lo grotescamente real de la otra y, sin embargo, Russell y Shepard nos cuentan algo que nunca dejamos de reconocer como profundamente humano. Este mundo absurdamente grotesco que describen, la precisión de las herramientas retóricas que utilizan para crear atmósferas sorprendentes (flora, fauna y color en Russell; paisaje, vacíos físicos y metafísicos, composición visual, en Shepard), y su destreza para recrear comportamientos patéticamente humanos a pesar de su premisa grotesca, fueron los factores que me motivaron a seleccionar estos dos cuentos norteamericanos para mi proyecto de traducción.

Karen Russell es una joven escritora que, no obstante su juventud (nació en 1981), es probablemente la mejor representante de lo gótico en la literatura norteamericana de hoy. En la narrativa de Russell, mortales y fantasmas conviven en relaciones casi simbióticas. Por lo regular, sus monstruos y sus fantasmas no son aberraciones de lo humano, como en el gótico

clásico, sino figuras casi indistinguibles de lo humano: “Our mothers and fathers were werewolves...they wanted us to get braces, use towels, be fully bilingual”, dice la niña-loba de “St. Lucy’s Home for Girls Raised by Wolves” (Russell 227); las dos amigas fugitivas del cuento “The Prospectors” asisten por error a un baile donde todos los invitados son fantasmas, con quienes ellas se comportan festiva y coquetamente: “ ‘This is so beautiful!’ she cooed. All five of the dead boys blushed... ‘We could be in love, me and a dead boy’ ” ( 96,99). En *Swamplandia!* los hermanos de la joven Ossie le reclaman a su padre, “ ‘Chief? Did you hear us? These guys she’s dating—they’re dead.’ ‘Yes,’ the Chief sighed. ‘Yes, I’ll admit, that is a little peculiar’ ” (38).

Russell tiene una relación afectiva con sus monstruos y fantasmas. En su narrativa, lo teratológico es siempre el vehículo para conjurar comportamientos y sentimientos humanos. El lenguaje descriptivo de Russell nunca es ambiguo. La especificidad de sus descripciones es siempre sorprendente; con frecuencia, adjetiva sus imágenes con colores y referencias a flora y fauna no convencionales. Esta especificidad referencial crea formas precisas, únicas en la paleta del mundo perceptual, porque además de color evocan textura, sabor, y olor: “hydrangea-pink spines” (*Swamplandia!*), “edelweiss white” (“The Prospectors”).

A diferencia de Russell, Sam Shepard fue fundamentalmente un dramaturgo. Sus obras de teatro son numerosas y algunas de ellas ya son parte del repertorio del teatro clásico norteamericano. Sin embargo, su trabajo narrativo no fue muy extenso y sus cuentos son invariablemente muy breves. A veces parecen piezas inacabadas o bosquejos de algo que pensaba terminar más tarde (“Tiny Man” es probablemente uno de sus cuentos más extensos, y el último que publicó antes de su muerte); sin embargo, muchas veces son capaces de conjurar emociones profundas. Los temas recurrentes en la mayoría de su narrativa son la inmensidad del

paisaje norteamericano, en donde el antihéroe de sus historias se ve a sí mismo como algo diminuto en medio de la nada; el padre ausente (física o figurativamente); el desamor; y la dependencia existencial a algo que sucedió en el pasado y que ya no puede cambiar (aquello que separó a padres e hijos, o a amantes). Sus personajes casi siempre están en tránsito, atravesando largas distancias, indiferentes a lo que el futuro les depare — “I have no idea what town I’m in”, dice el narrador del relato “Living the Sign”. “It doesn’t matter. I have no idea what town I’m going to. I have no plans” (Shepard 64) — y abrumados por el paisaje que los empequeñece, como en el cuento “Coalinga ½ Way”: “He sees himself from a distance now, as though looking down from a great height, like the hawk’s point of view: a tiny man in vast space...”(15).

Como mencioné anteriormente, Karen Russell es aún muy joven y su producción literaria, aunque ya remarcable y premiada por la crítica, está aún en ciernes. Este proyecto de traducción es también mi primer intento por comenzar a traducir su trabajo, el que producirá en el futuro. El cuento de Karen Russell que seleccioné es la historia de un muchacho de 15 años que se enamora de una momia, la *Bog Girl* del título. Ésta es la premisa de la historia. A través de casi todo el cuento, la *Bog Girl* permanecerá inmutable (después de todo, es sólo una momia), “observando” cómo el muchacho deja de comportarse como niño y comienza a alejarse del amor protector de su angustiada madre quien se da cuenta que su niño ya no la necesita. En “The Bog Girl” los eventos ocurren en orden cronológico y causal. Russell, como narradora omnisciente, nos guía a través de los diálogos verbales e internos del joven protagonista, Cillian, y su celosamente angustiada madre, Gillian. La autora usa una paleta abigarrada de color para crear imágenes que estimulan los sentidos del lector y conjuran forma y profundidad: “...celery-green eyes... red-orange of an orangutan’s fur... tawny bronze... mineral blue...pink smirk... reddish

bog water... black peat ...cranberry hair...radish-red...red and yellow eyes...”(60-69) Su lenguaje alcanza a veces tonos líricamente evocativos:

The bog crickets were doing a raspy ventriloquy of the stars; perhaps she recognized their tiny voices. (63)

Each dusk, with their primitive eloquence, the air-galloping insects continue to speak the million syllables of her name. (69)

Aunque el carácter cómico-grotesco de la historia es establecido casi desde el principio cuando el joven protagonista encuentra a la *Bog Girl*, Russell nunca despoja de realismo a sus personajes principales; al contrario, su comportamiento es descrito de tal modo que siempre los hace absurdamente humanos, es decir, reales: Cillian estaba trabajando en la ciénaga porque quería comprar un auto usado: “Once he had a car, it would be no great challenge to sleep with a girl or a woman. Cillian was open to either experience” (61). Ese sentido de urgencia, de prioridad absoluta por experimentar el enigmático ritual de la iniciación sexual, de pronto se interrumpe o, más bien, se transfigura, cuando algo más profundo que la posibilidad del placer físico aparece en su vida: El amor (el hecho de que su objeto amoroso sea una momia es irrelevante). “The Bog Girl” es la historia de ese amor: unilateral, confuso, desesperado, sin esperanza, sin porvenir — como es el primer amor de muchos adolescentes. Cuando Gillian le comunica a Cillian (por cierto, la rima no es accidental), “Tell your... *friend* that she is welcome to eat with us” (63), el hecho de que su *friend* esté muerta no es ya, a esta altura de la narración, algo que confunda al lector; porque lo que en realidad estamos presenciando es la resignación reprimida de una madre al ver que su hijo se está alejando no sólo de ella sino de lo que promete el futuro para él, por lo que él cree es *amor* — el mismo error que ella cometió cuando se enamoró del padre de Cillian siendo ella una adolescente: “ ‘Just, please, wait, my love. Don’t...*settle*’.... She pictured her son sinking up to his neck in the reddish bog water.” (66) Al



final, la *Bog Girl* vuelve a la vida y se aferra por unos momentos al muchacho semidesnudo que encuentra en la cama al lado de ella. El sueño de Cillian se había hecho realidad cuando la muchacha despertó, pero ahora lo llenaba de pavor. “Take her home, Cillian”, le dice su madre en la escena más realísticamente humana del cuento. “Make sure that she gets home safely”. Gillian ayuda a la muchacha a vestirse : “Put a hat on. And pants”. Y le da una última recomendación a su hijo: “Let her down gently, son!” (69) Lo que sucede después es horrible; por eso este cuento es excepcional, porque es también el momento que contiene un pathos profundo e inesperado.

En “Tiny Man”, Shepard nos cuenta, a través de su narrador, un episodio que sucedió en un momento de su adolescencia temprana entre el narrador y Felicity, la joven que era “la novia” de su padre. A diferencia de la historia de Russell que está contada linealmente, Shepard escribe viñetas que nos llevan de lo real a lo onírico y a donde a veces la frontera que separa estos dos mundos se diluye. El título del cuento, “Tiny Man”, tal vez sea una autorreferencia a lo que cité anteriormente de “Coalinga ½ Way”, o se refiere al hecho de que el antihéroe de la historia es un muchachito de 12 ó 13 años, o simplemente al hecho de que el padre del protagonista aparece en algunas de esas viñetas muerto, embalsamado, y miniaturizado a una estatura de 20 centímetros. Mientras que la prosa de Russell está llena de color, la de Shepard dibuja un mapa del paisaje y de su desamparada topografía:

...the vast dark desert... No one's around. Just wind. Wind again... I marched my way toward the blur of occasional cars, on their journey up to San Francisco or down to L.A. in a straight line... I plodded on in gravel ditch, through disposable diapers, bottle caps, and used condoms...this godforsaken valley...there was nothing but cattle and dust and a stench that made your eyes water...Miles of cattle...Desolation...No human beings...My dad walked the highway at night...completely alone... (66-73)

En “Tiny Man”, con la excepción del narrador, los personajes aparecen y desaparecen como las formas humanas que vemos en los sueños: los gangsters que le van a mostrar al narrador el cuerpo miniaturizado de su padre; el salvaje *tableau vivant* que formaban la joven Felicity y el padre del narrador — “They never talked, I’d listen. But they never talked...His lips were moving, but nothing came out” (67) —; las apariciones repentinas de Felicity; la voz del padre, quien a través del cuento sólo pronuncia tres palabras: “ I’m never busy “ ( 73). En Shepard (actor, dramaturgo y guionista) el lenguaje es cinematográficamente descriptivo; es decir, su prosa a veces tiene el escueto *staccato* y poder visual de una escena descrita en un guion cinematográfico:

Crows and mockingbirds dotted the fence lines...Signs about water rights and how the politicians were to blame for the lack of it. Boxes of bees pollinating apricots. Now and then a roadside fruit stand selling figs and watermelon... Miles of cattle. Black. Black-and-white. Red. Gray. Spotted. All kinds. All sizes. Flies. Shit. (72-73)

Como indiqué anteriormente, la extraña coincidencia temática entre los dos cuentos es *lo grotesco*. En la historia de Karen Russell, el joven protagonista, desentierra por accidente el cuerpo momificado de una joven adolescente quien había sido sacrificada al fango en la edad de hierro, 2000 años antes:

“There is so much more to you than what they see,” he reassured her in a whisper “I am sorry about what happened to you. I am going to keep you safe now.” After this secret conversation, Cill fell rapidly in love (61).

A partir de ese momento, la *Bog Girl* se convierte, para usar el término de Terry J. Peavler, en el “intruding element” de la historia (16) —como lo fue el tigre en “Bestiario”, el maravilloso cuento de Cortázar. Todo el mundo sabe que la muchacha es una momia y, también, asume que

es “la novia” de Cillian. La madre del muchacho, está más preocupada por la inocencia de su hijo, a quien ella todavía considera un niño, que por el carácter necrófilo de la relación:

The boy was in love. It was a monstrous, misdirected love; nevertheless, it commanded her respect... “I’m afraid,” she confessed to her sisters. “If I put her out of the house, he’ll leave with her.” (62)

En “Tiny Man” el cuerpecito momificado del padre del narrador no es necesariamente algo grotesco — al final sabemos que las escenas que tienen que ver con la miniaturización del padre fueron solamente sueños —; lo grotesco es lo que es real:

I’d never heard such ecstasy and horror, all at once... I went in and there she was. My father’s girlfriend sitting ramrod straight —naked, almost—as though she were riding a pony backward. (67)

La “novia” de su padre es una menor de edad: “Felicity was only about fourteen or fifteen at the time” (70), nos dice el narrador. Los héroes absurdos de “The Bog Girl” y “Tiny Man “están rodeados de personajes física y moralmente imperfectos:

Uncle Sean was as blandly ugly as a big toenail. Egg-bald and cheerfully unemployed, a third-helpings kind of guy. (Russell 62)

Two girls started debating whether or not a friend should lose her virginity in a BMW that evening... The girl’s boyfriend was a twenty-six-year-old cocaine dealer. (66)

A woman in a long pink coat was yelling at my father, who was in his boxer shorts, smoking a cigarette. A cop stood on either side of him, squeezing on his bare elbows, then handcuffed his wrists behind his back. (Shepard 68)

What if he went completely crazy? Insanity ran in the family, don’t forget. (70)

Las situaciones en las que se encuentran los personajes principales de las dos historias son inherentemente grotescas, no sólo por lo que relatan — el necrófilo amor de Cillian por la *Bog*

*Girl*; la angustia que provoca en el narrador de “Tiny Man” la idea de haber hecho algo inapropiado en contra de su padre al haber tenido relaciones sexuales con su joven amante —, sino también porque, al final, lo absurdo de su premisa neutraliza la monstruosidad de lo que describen. Como señala Gilbert H. Muller en *Nightmares and Visions*, “the grotesque, through the interjection of humor, releases the terror and makes it understandable” (17).

El narrador de “Tiny Man” y Cillian se ven obligados a emprender una jornada de introspección peripatética en busca de una explicación-justificación-redirección de sus actos. El narrador de “Tiny Man” quiere alejarse físicamente del objeto erótico que lo ha hecho “traicionar” a su padre; emprende su jornada para reconectar a su padre con ese objeto, la jovencita Felicity, para reafirmarle que *ella* le pertenece a *él*, a su padre:

I put it in my head that I could walk the seventeen miles to the feedlot on the fifth straight day that Felicity showed up and was, again, asking to see my old man, who was never there...I started making up in my head what I'd say to my dad when I got there. A sort of little raggedy monologue, as I marched my way toward the blur of occasional cars... “She’s really desperate to see you, Pop. She wouldn’t come every day if she wasn’t... Sometimes I try to talk to her, but you know I’m not very good at that. I don’t know what to do. I make things up. I do.” (72)

Cillian emprende tres jornadas de búsqueda, que en realidad son sólo una. Quiere saber si su amor por la *Bog Girl* es único, real:

That Saturday, Cillian took the ferry three hours to a mainland museum. Twelve bog bodies were on display, part of a travelling exhibition called “Kings of the Iron Age.” ...Back on the ferry, he could admit to his relief: none of the other bog bodies stirred any feeling in him. He loved one specific person. (64)

También, Cillian, emprende un viaje imaginario hacia el futuro, hacia lo que sería una vida con la *Bog Girl*:

He imagined, with a strange joy, the narrow life they would lead. No children, no sex, no messy nights vomiting outside bars, no unintended pregnancies, no fights in the streets, no betrayals, no surprises, no broken promises, no promises. (68)

Finalmente, Cillian es transportado hacia el pasado donde el mundo del que viene “su novia” la reclama:

The past, with its monstrous depth and span, reached toward him, demanding an understanding that he simply could not give it... An invisible woods was in the bedroom with them, the scent of trees multiplying. Some mental earthquake inside the Bog Girl was casting up a world, green and unknown to him, or to anyone living: her homeland. (68).

Hay un vacío ontológico en “The Bog Girl” y “Tiny Man”. La madre de Cillian no le vende la *Bog Girl* al hombre del museo nacional debido a sus “Christian feelings” (Russell 62). Pero esos sentimientos “cristianos” nunca se convierten en lógica cristiana para explicar el amor que Cillian siente por una momia, al contrario, es el paganismo de la gente lo que le da un aspecto de “normalidad” al romance necrófilo de Cillian y “su novia”. Como adduce Russell:

“Nobody in the school administration objected to the presence of the Bog Girl. Ancestral superstitions still hovered over the islanders’ minds, exerting their quiet influence, and nobody wanted to be the person responsible for angering a visitor from the past.” (64)

En “Tiny Man”, presente a través de la narración, es la ausencia de algo que debería estar ahí (o está ahí, como una fuerza densamente silenciosa e invisible que sostiene el todo): “War and death. Mass graves. Desolation. Programs. No human beings. Nothing but the constant sound of cattle bawling, as though their mothers were eternally lost.” (73) El paisaje parece aislar o, más bien, alejar a los personajes de la influencia de un poder divino que los guíe o los reconforte. El

paisaje los aleja de lo que es normal, hace más evidente la alienación en la que viven, crea incertidumbre hacia el futuro:

When I finally reached the feedlot, there was nothing but cattle and dust and stench that made your eyes water. I couldn't see another human being. Miles of cattle...Flies. Shit. The air seemed as if there might be a war nearby... Sometimes it was like that at night, completely alone. Not even a neighbor's barn light. Just the two of us and the dogs. (Shepard 73)

Geografías silenciosamente opresivas que empequeñecen a los personajes con su vacío: la inmensidad del desierto californiano y la gelidez de las *wetlands*, en una lejana isla del norte de Europa:

Cillian, his mother, and several thousand others lived on the island, part of the archipelago known as the Four Horsemen. It's unlikely that you've ever visited. It's not really on the circuit ... the west side of the island, where everything was shut or abandoned; the population of the island had been declining steadily for three decades. (Russell 61;66)

“The Bog Girl” y “Tiny Man” son historias de amor adolescente. Se puede argumentar que el narrador de “Tiny Man” realmente no amaba a Felicity, que simplemente la deseaba. Pero el narrador cuenta los hechos a una distancia de muchos años y aún la recuerda, y hay un tono de pérdida (de *amour perdu*) en su discurso, de “Abandonment” (Shepard 68). Cuando Felicity desaparece, no sólo es el padre quien la pierde; la pérdida del padre es también la del hijo:

Felicity vanished. My dad walked the highway at night. Said he couldn't sleep, but I know it was more about looking for her, hoping she'd show up...Sparks flew into the room and lit up the wicker chair where Felicity always sat, waiting. For a second, I thought I saw her, but I was only dreaming. (73)

El protagonista de “Tiny Man” y Cillian casi podrían intercambiar cuentos: ambos experimentan la angustia del despertar sexual del niño que ya no es niño y del adolescente que no es aún adulto. Los objetos de su ofuscación amorosa son muchachas mayores y pelirrojas. Ambos pierden algo que realmente nunca tuvieron. La cópula iniciática es el momento sublimemente deseado por uno: “At night, Cillian lay beside the Bog Girl, barely touching her. A steady, happy calm radiated from her, which filled him with a parallel euphoria.” (Russell 67) Y comprendido con precoz intuición erótica por el otro: “I knew what they were doing. I knew it felt good. I knew it must feel good to be inside another person. Deep inside like that” (Shepard 67). Cuando finalmente llega, la ceremonia de iniciación sexual es violenta y prologa el principio del fin. Paradójicamente, a pesar del realismo con el que narra la segunda narrativa de su historia, Shepard describe el coito entre sus jóvenes protagonistas como si estuviese describiendo un detalle de un retablo de Hieronymus Bosch:

It was an incredible mess. Cum all over the place... Her mouth opened and I saw tiny animals escaping, tiny animals that were trapped inside her all this time. They flew out as though something might catch them and drag them back into imprisonment. I could feel them land on my face and crawl through my hair, searching for a hiding place. Each time she screamed, the animals flew out in small clouds like tiny gnats: little dragons, flying fish, headless horses. They came tumbling out, scratching at one another. (70-71)

Russell, sin embargo, les da una extraña humanidad a sus jóvenes personajes al momento de consumir su equivocado deseo del uno por el otro:

...Cillian and the Bog Girl were rolling in the mud, each screaming in a different language... it was during this undoing that they were, at last, truly united as a couple...Her throat was vibrating against his skin...At last he felt her grip on him loosen... Now neither teen-ager needed to tell the other that it was over. (69)

Lo que viene después es “la normalidad”, el proceso de ser normal, de vivir el resto de los días tratando de conjurar aquel momento del pasado que, a la distancia, pareció tan real y, de pronto, desapareció; literalmente, como la adolescente pelirroja de la edad de hierro; o figurativamente, como la precoz pelirroja californiana. “The Bog Girl” y “Tiny Man”, son cuentos cómico-grotescos y, sin embargo, profundamente conmovedores. Son relatos de lo intangible, o de algo que fue tangible sólo por un instante y, como todo lo que le da forma *al instante*, desaparece en el momento mismo de percibirlo. Tal vez la mejor manera de explicar la extraña congoja que uno siente al terminar de leer estos cuentos sea con las palabras del narrador de “Tiny Man”:

“...a strange morning grief, but over what I can’t say” (67).

### **Sobre la traducción**

Dos fueron los objetivos que traté de alcanzar con mis traducciones de estos cuentos: recontar con efectividad (no necesariamente *fidelidad*) estas maravillosas historias, pero en español; y tratar de capturar el tono del lenguaje narrativo que distingue la prosa de los dos autores. El lenguaje de Russell y Shepard es siempre evocativo. Aun en Shepard, cuyo lenguaje es directo y casi desprovisto de variaciones metafóricas o asociaciones símiles, decidir entre el significado proposicional de sus palabras (lo que la palabra generalmente significa) y su significado expresivo (lo que el autor quería que la palabra evocara) tuvo el mismo grado de dificultad que traducir una oración sorprendentemente adjetivada de Russell. Por ejemplo,



Russell describe con colores distintivos, específicos: “tawny bronze” escribe en “The Bog Girl “, ¿qué hipónimo describe mejor el color que ella tenía en mente? O Shepard, en “Tiny Man”: “Abandonment”. ¿Abandono? ¿Desamparo? (*desamparo* me parece una palabra más triste, por eso la elegí). Elegir las palabras del conjunto léxico del español que mejor vertieran las experiencias perceptuales que conjura el cuento de Russell, o la profunda melancolía en que está narrada “Tiny Man” fue parte del reto al traducir estas historias. La otra parte, la parte más importante, creo, fue simplemente contar la historia.

Al contar una historia que alguien creó en otro idioma uno la crea de nuevo. Por eso la traducción literaria es otra forma de creación literaria. No hay una definición convencional de lo que se denomina *traducción*, ni reglas a seguir cuando se escribe una traducción. Sabemos que es un juego de equivalencias; que el traductor trabaja con aproximaciones; que su trabajo no es la réplica, sino la aproximación. La traducción es dirigida al lector que no puede leer en la lengua original en que el texto fue escrito. El lector común de una traducción no compara el original con el texto traducido para ver qué tanto se parecen. Como afirma la traductora e hispanista Edith Grossman, “No translation would be possible if in its ultimate essence it strove for likeness to the original” (11). El lector común, escribe Burton Raffel, “cannot be concerned, beyond a bare minimum, with questions of fidelity and accuracy” al texto original de una traducción; al final, continua Raffel, lo único que cuenta es si el texto traducido es bueno o no (104). El objetivo del traductor es encontrar un modo de “engañar” al lector para hacerlo creer que a quien está leyendo es a Edgar Allan Poe, por ejemplo, y no a Julio Cortázar; a Faulkner y no a Borges; a Homero, y no a Robert Fagles; la palabra de Dios y no al comité de eruditos que “tradujo” *The King James Bible*. El traductor debe evitar la reinención de la historia; podrá añadir o eliminar verbos, artículos, preposiciones o conjunciones; regionalizar los nombres o los acentos; modificar la

puntuación, omitir esto o lo otro; pero la historia debe ser contada, palabras más, palabras menos. Como señala Grossman: “(A) translator’s fidelity is not to lexical pairings but to context...translators translate context” (70-71). Emma Bovary debe ser una mujer tan fascinante en español como lo es en el original francés. Quizá, como lo indicó Nabokov, el lector de una traducción pierda aquello que sólo un lector del original puede apreciar (29); sin embargo, el poder de la historia debe aún ser capaz de cautivar al lector. De hecho, el lector de una buena traducción no debe pensar que perdió algo; debe pensar que todo está ahí y es entretenido, emotivo, interesante, emocionante, fascinante, maravilloso, *engaging*. Como traductor uno busca ser fiel —“fidelity is the noble purpose, the utopian ideal, of the translator” afirma Grossman (69) — pero el objetivo final es producir algo que se pueda leer, que suene bien y que entretenga. Si un lector que sólo ha leído mis versiones de “The Bog Girl” y “Tiny Man” piensa que “La muchacha del pantano” y “Hombre en miniatura” — los títulos que les di en español— son buenas historias y que sus “autores”, Russell y Shepard, son buenos escritores, entonces mis esfuerzos habrán rendido fruto. Al final, “The Bog Girl” y “Tiny Man” son historias tristes— como dicen los niños. Espero que el lector de mis traducciones perciba esa tristeza.

## OBRAS CITADAS

- Grossman, Edith. *Why Translation Matters*. Yale University Press, 2010.
- Muller, H. Gilbert. *Nightmares and Visions*. University of Georgia Press, 1972
- Nabokov, Vladimir. *Lectures on Don Quixote*. Harcourt Brace Jovanovich, 1983.
- Peavler, J. Terry. *Julio Cortázar*. Twayne Publishers, 1990.
- Raffel, Burton. *The Forked Tongue*. Mouton, 1971.
- Russell, Karen. "St. Lucy's Home for Girls Raised by Wolves." *St. Lucy's Home for Girls Raised by Wolves*. Alfred A. Knopf, 2006, pp.225-246.
- . "The Bog Girl." *The New Yorker*. 20 June 2016, pp.60-66,  
<http://www.newyorker.com/magazine/2016/06/20/bog-girl-by-karen-russell> .  
Accessed 1/14/18.
- . "The Prospectors." *The New Yorker*. 8 and 15 June 2015, pp. 90-101.
- . *Swamplandia!* Alfred A. Knopf, 2011.
- Shepard, Sam. "Coalinga ½ Way." *Great Dream of Heaven*. Alfred A. Knopf, 2002, pp.11-18.
- . "Living the Sign." *Great Dream of Heaven*. Alfred A. Knopf, 2002, pp. 55-64.
- . "Tiny Man." *The New Yorker*. 5 December 2016, pp. 66-73,  
<http://www.newyorker.com/magazine/2016/12/05/tiny-man> . Accessed 1/14/18.

**KAREN RUSSELL** nació en Miami, Florida, en 1981. Ha publicado dos colecciones de cuentos, *St. Lucy's Home for Girls Raised by Wolves*, y *Vampires in the Lemon Grove*; una novela corta, *Sleep Donation*; y una novela, *Swamplandia!* Sus cuentos “Madame Bovary’s Greyhound” (2014) y “The Prospectors” (2016) fueron seleccionados para la antología anual *The Best American Short Stories*. La revista *The New Yorker* publicó “The Bog Girl” en su edición del 20 de junio del 2016.

**SAM SHEPARD** nació en Fort Sheridan, Illinois en 1943. Fue un dramaturgo prolífico. Escribió más de 55 obras de teatro, entre las que se destacan su trilogía *Buried Child* (1978), ganadora del premio *Pulitzer*, *True West* (1980), *Fool for Love* (1983), y *A Lie of the Mind* (1985). Su carrera cinematográfica fue también muy extensa, como guionista y como actor (Shepard escribió el guion del clásico film de Wim Wenders *Paris Texas*). Publicó tres colecciones de narrativa corta: *Cruising Paradise*, *Day Out of Days*, y *Great Dream of Heaven*. “Tiny Man” apareció en la revista *The New Yorker* en su edición del 5 de diciembre del 2016. Una nueva versión de esta historia fue recientemente publicada como novela corta con el título *The One Inside*. Sam Shepard murió en julio del 2017.

## LA MUCHACHA DEL PANTANO

El muchacho que cortaba la turba se enamoró profundamente de su primera novia mientras manejaba maquinaria pesada en las ciénagas. Su nombre era Cillian Eddowis, tenía quince años, y fue contratado ilegalmente por Bos Ardee. Tenía ojos verdes como el apio y un tartamudeo que le fue corregido con fondos del estado; resurgía cada vez que se ponía nervioso. “Gra-gra-gra,” dijo cuando aceptó el trabajo. ¿Cómo persuadió Cillian a Ardee para contratarlo? El muchacho había mentido al declarar que tenía muchas cualidades: fuerza, madurez, experiencia. Cuando eso no le funcionó, apuntó hacia la ventana de su habitación, ubicada a medio kilómetro, en la nebulosa periferia de la turbera, donde el agua encharcada aún centelleaba entre los alerces. La insinuación era clara: lo que el flaco, extraño muchacho no tenía en musculatura lo compensaba con la proximidad al lugar de trabajo.

La turba es extraída de los pantanos, agujeros llenos de lodo. El fondo es un lugar sin aire — frío, ácido, anaeróbico — sin oxígeno para descomponer las ramas de sauce o las caritas quietas de los zorros que están enterrados ahí. El musgo envuelve pelaje, madera, piel, les pone un hechizo de protección química, preservándolos completamente. Nada crece ahí, y la muerte no puede terminar su infructífero trabajo. Una vez cortada, la turba se transforma en pasto, y mucha gente local en esta isla verde en la costa del norte de Europa aún calienta sus casas con esta peculiar fuente de energía. Nadie se pone a pensar en el origen mortuorio del combustible.

Cillian, su madre, y otros miles vivían en la isla, parte del archipiélago conocido por las generaciones pasadas como Los cuatro jinetes. Es casi seguro que ustedes nunca han visitado este lugar. No es un lugar turístico.

Agricultores del neolítico fueron los primeros en talar el bosque de la isla. Dos mil años después, la turba se había tragado lo que quedaba de sus pasturas. Los pantanos cubrieron los cerros. En la edad de hierro, estos pantanos eran entradas a un mundo distante, reinos más salvajes. Los dioses deambulaban por los pantanos. Los dioses con sus coronas de flores en forma de estrellas, flotaban encima del brezo.

Ahora cosechadores industriales transitaban sobre los pantanos drenados, peinando la tierra en geometrías planas. La mañana de verano en la que Cillian encontró a la muchacha del pantano, estaba conduciendo hacia una arboleda al lado oeste del pantano, formando crestas negras con la turba seca. Ciertamente, parecía como si estuviera doblando mierda, pero él tenía grandes aspiraciones. Estaba ahorrando para comprarle a su vecino su automóvil Pogo, blanco, de puertas traseras. Una vez que tuviera un auto, no iba a ser muy difícil acostarse con una muchacha o con una mujer mayor. Cillian estaba dispuesto a cualquiera de las dos experiencias. O a las dos. Pero era muy tímido como para enamorarse abiertamente de alguien de su mismo grado en la escuela. Deedee no, Stacia no, Vicki no, Yvonne no. Tenía una atracción, tabú y angustiante, por los tobillos con calcetines de su tía Cathy. Estaba enamorado de los hombros anónimos de una modelo de champú.

Apenas había manejado hacia la turbera oeste cuando miró hacia el lado del tractor y gritó. Una mano estaba saliendo del pantano. La primera palabra de Cillian para la muchacha del pantano requirió todo el aire de sus pulmones: “¡puuuutamaaaaadre!”

Aquí había un secreto, haciéndole señas. Un secreto que el mundo había guardado por dos mil años y que no podía guardar dos segundos más. El pantano confesó que ella estaba ahí.

Cuando los otros hombres llegaron, Cillian estaba de rodillas, escarbando en la turba como un perro. Ya había desenterrado su cabeza. Ella estaba completa e intacta, encapullada en turba, acurrucada como una niña dormida, con su cabeza girada al lado opuesto de sus rodillas. Pelo abundante, lustroso, abierto como abanico en la lona, de un anaranjado salvaje como el pelaje de un orangután, pintado por los ácidos del pantano. El movimiento de las nubes provocaba que los colores de la muchacha cambiaran continuamente: ahora eran de un bronce leonado, ahora de un azul mineral. Era una cara muy joven.

Al sostener la cabeza de la muchacha, Cillian dejó de sentir sus propias piernas. Una lluvia ligera comenzó a caer, pero él no cedía su lugar. Cada uno de los hombres ahí reunidos lo estaba mirando. Por lo regular, su intensa atención hacia él lo ceñía como una corona de espinas, cohibiéndolo, provocando que un temor rojo se filtrara en su visión interna. Hoy, le importaba un carajo el juicio de esos idiotas viéndolo desde arriba. ¿Quién había visto antes una cara tan hermosa, tan perfectamente serena?

“¡Madre santa!” gritó uno de los hombres. Y señaló la soga alrededor del cuello. Una cuerda, casi negra con turba, se extendía a lo largo de la espalda de la muchacha.

Asesinato. Ese fue el consenso de los hombres. Bos Ardee llamó a la policía.

Pero Cillian apenas escuchaba lo que decían arriba de él. Si uno veía a la muchacha del pantano desde sólo un ángulo, uno asumiría que fue una hija queridísima, sepultada por manos que la amaban. Pero fue asesinada, y ahora su sonrisa le parecía a él aún más impresionante, y sólo quería protegerla de lo que pudiera pasarle en el futuro. Los hombres seguían llamándola “el



cuerpo”, lo cual desconcertaba a Cillian — la palabra parecía cegarlos de la vida de ensueño profunda y continua detrás de su sonrisa. — Hay algo mucho más de ti que ellos no ven—, le susurró para tranquilizarla—. Siento mucho lo que te ocurrió. Ahora voy a protegerte.

Después de esta conversación secreta, Cill se enamoró rápidamente.

Cillian fue afortunado en haber conocido a su novia en una isla tan remota. Cuando estos cuerpos son descubiertos en Irlanda, por ejemplo, o en los pantanos de la húmeda Florida esparcidos entre Disney World y Cabo Cañaveral, las cosas proceden de una manera diferente. Acondonan el área. Equipos de expertos llegan a excavar el sitio. Después la gente del pantano es removida cuidadosamente a laboratorios, museos, donde manos sin guantes no pueden nunca tocarlos.

Cillian tocó el cabello de la muchacha, tocó la cuerda. Tenía en sus manos las riendas de la vida de ella. Tres policías habían llegado, y deliberaron arriba de Cillian, sus botas negras compactando el lodo alrededor del algodón del pantano. Una vez que fue determinado que la muchacha no era una víctima de un asesinato reciente, los policías se tranquilizaron. El jefe de la policía le hizo a Cillian sólo una pregunta: — Entonces, ¿te vas a quedar con ella?

Gillian Eddowis estaba en la misma línea telefónica con sus tres hermanas. Puso el teléfono debajo de su mentón y quitó de la estufa la tetera, abriendo la ventana para dejar ir el vapor azul. En la sala, carcajadas de estudio manaban de la televisión; Cillian y la muchacha del pantano estaban viendo una serie sobre un parque de tráilers canadiense. El prolongado silencio de la pareja la ponía nerviosa; por supuesto, ¿no estarían haciendo nada malo, a tres metros de ella? Ella nunca había tenido una razón para disciplinar a su hijo. No sabría dónde empezar. Era tan bueno, tan inteligente, tan diferente, tan sensible —algo tan raro en la familia Eddowis que sus tías le habían hecho el cumplido moderno de asumir que él era *gay*.

Las voces se colaban por el oído izquierdo de Gillian:

— Tienes que darles una advertencia—dijo la hermana Abby.

— Pero, virgen santa, ¡no hay modo de advertirles nada! — concluyó la hermana Patty.

—Todas tuvimos dieciséis años alguna vez —, Cathy refunfuñó—. Todas sobrevivimos.

— Cillian tiene *quince*—, corrigió Gillian—. Y la novia tiene dos mil años.

Abby, que había visto una fotografía de la muchacha del pantano en el periódico local, sugirió que *alguien* le había quitado años.

Un hombre de una universidad también había leído la historia del descubrimiento de La muchacha del pantano. Había tomado un tren y un transbordador para encontrarlos.

— He venido a hacer *Una solicitud urgente en nombre de La historia*—, dijo. Quería adquirir a la muchacha del pantano para el museo nacional. La cantidad que ofreció era la mitad de lo que Gillian ganaba en la oficina postal.

Al final, ¿qué había sucedido? Sentimientos cristianos la habían amordazado. ¿Cómo podría venderle una muchacha a un extraño? ¿O pretender que tenía algún poder sobre ella, sobre esta huérfana de la edad de hierro? Gillian le dijo al hombre de la universidad que la muchacha del pantano era huésped en su casa, y que viviría con ellos hasta que La oficina de asistencia social encontrara a sus familiares más cercanos. Con esto, saltaron todas las venas púrpuras en el cuello del hombre. Su tono se hundió en derrota petulante:

— Escúcheme bien, gente como ustedes no tiene los conocimientos para cuidarla apropiadamente—, dijo —. Se les va a hacer pedazos—. Con una sonrisa implacable, la muchacha del pantano, acomodada al lado del burro de planchar, los veía discutir. El hombre de

la universidad se fue con las manos vacías, y por una noche y un día Gillian fue como una héroe para su hijo.

— ¿Así es que está viviendo de gorra? ¿De tu dinero? — dijo Cathy.

— Oh, sí. No le da vergüenza.

¿Cómo podría explicarle a su hermana lo que ni ella misma podía admitir? El muchacho estaba enamorado. Era monstruoso, un amor equivocado; sin embargo, la obligaba a respetarlo.

— La muchacha del pantano es una mala influencia para él—, les dijo a sus hermanas—. No trabaja, no ayuda. En todo el día no hace nada en la casa.

Patty tosió y dijo, — Si así lo crees, por qué...

Catty gritó, — ¡Gillian!, ¡no puede *quedarse* con ustedes!

Fue la dulce Abby quien ofreció la solución: — Regrésala al pantano.

—Gillian. *Hazlo esta noche.*

— ¿Quién la va a extrañar?

—No puedo regresarla al pantano. Sería...

El silencio le perforó los oídos. Su familia tenía el talento de pronunciar juicios sin articular palabras. Cuando ella tenía la edad de Cillian y estaba cinco meses embarazada de él, todos habían silenciosamente dejado en claro que ella estaba sacrificando su futuro. Ella se había ido de la casa para estar con el padre de Cillian, después regresó a las ciénagas sola con un bebé de ojos saltones.

— Tengo miedo—, le confesó a sus hermanas —. Si la echo de la casa, él se irá con ella.

— ¡Oh! — gritaron al unísono. Como si una aguja las hubiera infectado a todas con su temor.

— Haz una locura, algo estúpido...

Añadiendo silenciosamente, *Como nosotras lo hicimos.*

—Vamos a ver, muchachito, se honesto. No sabes *nada* sobre ella—. Su tío metió el dedo en su té helado de durazno, lo revolvió. Estaban sentados en un columpio en la parte más oscura del porche de Cillian. El tío Sean era tan insípidamente feo como una uña larga del pie. Calvo como un huevo y felizmente desempleado, el tipo de persona que se sirve un plato tres veces. Una vez, Cillian lo había visto comerse la etiqueta de una manzana verde por no tener que removerla. Sean siempre estaba en la casa, usando la computadora de Gillian para jugar Poker 3000. Dejaba su marca a través de la casa, círculos fantasmagóricos que sus cervezas dejaban en las superficies como huellas gordas en una fotografía. Sus palabras permanecían, también, dejando sus manchas cerebrales en el aire. El tío Sean se apropiaba de todo lo que le gustaba a Cillian. No era una sorpresa, entonces, que él estuviera obsesionado por la muchacha del pantano.

—Sé que la quiero—, dijo Cill fastidiado. Odiaba ser acosado.

El tío Sean estaba metiendo su precaria marihuana marrón por la entrepierna rosa de una sirena de cristal. Le pasó la pipa a su sobrino. — ¿Ya, eh? La quieres y no sabes nada sobre ella.

¿Qué sabía él de ella?

¿Qué amaba de ella?

Cillian alzó los hombros, su cuerpo henchido de sentimientos. — Y sé que ella me quiere —, añadió, con alguna prisa.

La rosada sonrisa de superioridad del tío Sean parecía empujarlo al respaldo de la silla de mimbre. — ¿Oh? — Su mueca se ensanchó—. ¿Y cuántos años tiene?

— Dos mil. Pero tenía mi edad cuando la aventaron en el pantano.

— La mayoría de las mujeres que *yo* conozco mienten sin tapujos sobre su edad—, advirtió el tío Sean —. Puede tener once años. O, pudiera *tener* tres mil.

Gillian, rolliza e iluminada por las estrellas, se apareció en el porche. Un olor agradable a cebolla la seguía, mezclado con el olor húmedo de la hierba de Sean.

— ¿Están fumando?

—No—, mintieron al unísono.

— Dile a tu... a tu *amiga* que es bienvenida a comer con nosotros —. Con un aire de mártir, Gillian alzó a los cielos los guantes con dibujos de gatitos que usaba para levantar ollas calientes. Cill sonrió; los guantes la hacían verse como si ella estuviera dándole el visto bueno a la situación— ¡levantando los dos pulgares enormes! Pobre de su mamá. Se ponía nerviosa con gente nueva, y el silencio de la muchacha del pantano la intimidaba aún más. No se sentía buena cocinera, y él sabía que ella se iba a ofender cuando la muchacha del pantano no tocara lo que ella preparó.

La cena fue pastel de carne con cebolla y, para Sean, mil cervezas. No fue una comida placentera.

Gillian, mezclando mantequilla en sus habas, transmitía amenazas a la nueva novia de su hijo: putilla. Arrástrate de regreso a tu agujero. Aléjate de mi hijo.

— ¿Un pan? — preguntó Gillian—. ¿Le gusta el pan, Cill?

La muchacha del pantano le dio su dulce sonrisa al muro, su cara reflejada en la puerta ovalada de la lavadora. En contraste con la turbulencia espumosa, ella se veía muy quieta.

Después de tres tragos, el tío Sean puso su brazo alrededor de los hombros azules y delgados de la muchacha del pantano, dándole la bienvenida en la familia. — Estoy orgulloso de mi sobrino por haberse conseguido una mujer mayor, una mujer *madura*... ¡una *cougar*!

Cillian se le quedó viendo a su tío con una mirada homicida. Debajo de la mesa, le tocó el pie a su novia con el suyo; alzando las cejas como disculpa.

Su madre se levantó disparada con su humeante cazuela, dándole a cada uno otro punitivo cucharón de habas y llevándose la cerveza de la mesa. La perra, regresando de su casería de ratones vespertina, llegó furiosa a la cocina, ladrando con un tono enloquecedor. Quería jalar la cuerda de la muchacha del pantano. — ¡No! Puddles—. Los ojos de Cillian se le anegaron, su cuerpo entero estaba enfebrecido de vergüenza. Se tranquilizó cuando miró la cara de la muchacha del pantano, que no tenía ninguna expresión de juicio, sonriéndole con su bondad misteriosa. Una vez más, su vergüenza fue reconfortada por la calma infinita de ella. Su mirada bajó de la sonrisa a la cuerda. *Por supuesto, ella ha visto cosas peores que lo que hemos visto nosotros*, pensó. Afuera de la ventana, miles de insectos se congregaban alrededor de la luz del porche. Los saltamontes del pantano hacían una ronca ventriloquia de las estrellas; tal vez ella reconocía sus vocecitas. Poco después el tío Sean estaba roncando ligeramente al lado de un

charco de salsa, reclinando su cara en sus brazos grandes. Cill sentado como una roca a la luz de la luna. La muchacha del pantano seguía sonriendo ciegamente.

Las primeras dos semanas, la muchacha del pantano durmió en el sofá, la luz de la televisión titilando delicadamente sobre ella. Gillian no tenía ningún problema con eso. No iba a echar a la calle a una huérfana de la edad de hierro.

Luego, en una noche lluviosa de lunes, sin advertencia o disculpa, Cillian tomó a la muchacha del pantano. La cargó como a una niña, sus pies como hojas colgando en el aire. Gillian, que estaba armando un rompecabezas de un caballo y un potro, volteó apenas a tiempo para verlos desaparecer. Sintió un verdugón morado en su mente, el dolor revelador llamado sorpresa. Por debajo del espanto, comenzaron a fluir otros sentimientos, entre ellos un orgullo dañado. ¿No se había parecido Cillian *exactamente* a su padre? Seguro de sí mismo, poseído. No le pidió permiso. No le mintió acerca de lo que estaba haciendo, ni lo ocultó, ni lo explicó. Simplemente se levantó con la muchacha del pantano en los brazos, su boca en el cuello azulado de la muchacha. La puerta se cerró, y él se perdió de vista. Otro precedente roto: escuchó el sonido del seguro de la cerradura.

— ¡Buenas noches, hijo! —les gritó, con pánico.

No podía reconciliar la imagen de su niño tierno, desmañado, con esta persona obstinada y segura de sí misma. ¿Tenía ahora que ir allá arriba? ¿Golpear la puerta? Oh, ¿a quién podría llamar? A nadie, ni siquiera sus hermanas contestarían una llamada acerca de *este* problema, estaba segura de ello. El hijo de Abby, Kevin, conoció a su novia en la iglesia. El hijo de Cathy, Patrick, tiene una prometida encantadora que enseña kindergarten. La novia de Murry está en la cárcel por matar a alguien con su auto — pero ¡por lo menos está viva!

En la mañana, ella vio los silenciosos músculos marcados de su espalda mientras él sostenía torpemente la olla de café. Así es que ahora bebe café. Más noticias. Besó la frente de su madre cuando se fue a trabajar, pero estaba silbando para sí mismo, sin importarle la tristeza de ella, su miedo, completamente enclaustrado en su nueva felicidad. Es muy pronto para esto, pensó ella. Y: No, también tú. *Por favor, por favor, por favor*, rezó, la oración incompleta de las madres que no pueden concebir una solución.

Esa tarde, anunció una regla nueva: “Nadie puede andar desnudo. Y las puertas no deben cerrarse con seguro”.

Ese sábado, Cillian tomó el transbordador tres horas a un museo en tierra firme. Doce cuerpos del pantano estaban en exhibición, parte de una exhibición en gira llamada “Reyes de la edad de hierro”. La muchacha del pantano había conocido a la familia de él — lo menos que él podía hacer era regresarle el favor. Cill se coló entre un tour que estaba llevándose a cabo, siguiendo a una guía de sepulcro en sepulcro. Debajo del cristal, los reyes de la edad de hierro yacían como caramelo masticado. Un hombre estaba desnudo excepto por una banda en el brazo hecha de pelo de zorro. Otro era un gigante. Otro tenía cuatro pulgares.

Cillian se enteró que los pantanos de las islas en el frío Atlántico eran particularmente ácidos. Cuerpos adobados de la edad de hierro emergían de estos tanques profundos. Sus cuerpos enrollados fetalmente frecuentemente doblados como arrugados mapas de asesinatos. Pudieron haber sido sacrificios humanos, dijo la guía. Dejados en el agua del pantano para el dios de la cosecha. Reyes, reinas, chivos expiatorios, víctimas — pudieron haber sido cualquiera de estos.

—Por el contenido de su estómago, podemos conjeturar que su última cena fue avena...

— Por el análisis forense, podemos conjeturar que ella fue matada con una flecha...



— Por los ornamentos en esta hebilla, podemos conjeturar que estos eran gente rica...

*¿Qué?* ¿No pueden más que conjeturar?

La guía señaló los puntos y las rayas en los fragmentos de vasijas. Manchas de carbón vegetal que pueden ser estrellas o animales. Evidencia, dijo la guía, de “una cultura robusta”.

Cillian tomó notas:

“TENÍAN TIEMPO DE SOBRA. TAMBIÉN LES GUSTABA EL ARTE”.

De regreso en el transbordador, pudo admitir con alivio: ninguno de los otros cuerpos del pantano le provocó sentimiento alguno. Él quería a una persona específica. Podía ver cosas en la muchacha del pantano de las que esta guía loca no tendría la menor idea —por ejemplo, la profundidad secreta que su sonrisa ocultaba. Qué tan equivocada estaba su propia gente acerca de ella. Ella era una extraterrestre de un planeta que nadie que estuviera vivo podría visitar— el planeta tierra, en el primer siglo d. C. Ella se sentía suave en sus brazos, como si no tuviera huesos, pero también parecía indestructible. De acuerdo con los expertos, un cuerpo del pantano debe empezar a descomponerse rápidamente cuando está expuesto al aire. Lo curioso, es que a esta Muchacha del pantano no le pasó eso. No le dijo a nadie su teoría pero la pulió en su mente como un amuleto: era su amor lo que estaba protegiéndola.

Para agosto, su relación se había hecho inmensurablemente profunda. No necesitaban decir ni una palabra, como Cill había descubierto, para entenderse perfectamente uno al otro. Enamorarse de la muchacha del pantano era una cosa maravillosa — era tener permiso para ignorar a todos. Cuando comenzó la escuela, en septiembre, confeccionó un arnés y se la llevó con él. Su novia, apoyada como un palo de escoba junto a la fila de casilleros, lo esperaba

durante Biología y Música II, tan tranquila e impasible como la muchacha más popular que el mundo haya conocido.

Ninguno de los funcionarios de la escuela objetó la presencia de la muchacha del pantano. Las supersticiones ancestrales permanecen aún en las mentes de los habitantes de la isla, ejerciendo su influencia silenciosa, y nadie quería ser responsable de hacer enojar a una visitante del pasado. En poco tiempo le permitieron pasar como oyente todas las clases de Cillian, sonriéndoles desde la profundidad de su sueño a los nerviosos, asustados profesores. Una tarde, el subdirector la llamó a su oficina y le otorgó un gafete rojo y dorado para portarlo en los pasillos: “ESTUDIANTE HUESPED”.

— No creo que eso sea exacto, señor—, dijo Cillian.

— Oh, ¿no?

— Ella no es una huésped. Ella nació aquí—. De hecho, la muchacha del pantano era la residente más antigua de la isla, por al menos mil novecientos años. Cillian hizo una pausa. — Además, sus ojos están cerrados, ¿ve? Así es que no creo que ella pueda realmente, ah, estudiar...

— ¡Bueno!—El subdirector dio una palmada. Tenía que terminar su día, tenía cosas que hacer. — Entonces, la estudiaremos a *ella*. Ella nos dará una nueva perspectiva sobre nuestra vida y tiempo modernos— ¡Oh,no! ¡Qué pena! —. La muchacha del pantano se había desplomado sobre su maceta con la planta de áloe.

Cillian prendió el gafete en la blusa de poliéster que ella tenía puesta, un préstamo de su madre que se veía clásicamente *retro*. Cillian —que nunca pensaba en la ropa que se ponía— disfrutaba vestir a la muchacha del pantano cada mañana para ir a la escuela. Saqueó el closet de

su madre, resucitando sus vestidos estilo *baby-doll*. Las muchachas de onceavo grado organizaron una colecta de ropa para la muchacha del pantano, juntando muchas donaciones de chaquetas de otoño y botas de moda robadas.

Rumores. Se empezó a decir que la muchacha del pantano era en realidad una princesa. Una princesa, o posiblemente una bruja. En una semana, ya estaba comiendo en la mesa de las chicas más populares. La secuestraron de donde Cillian la había puesto en una banca, sostenida entre dos bolsas de libros, y se la llevaron al almuerzo. Ya le habían re-arreglado el estilo del pelo con pasadores de fantasía.

—Se robaron a mi novia—, dijo Cillian.

—Algo *terrible* le sucedió—, dijo Vicki con reverencia.

—Algo muy malo, — reverberó Georgette.

— A ella no le gusta hablar de eso—, dijo Priscilla, poniendo un brazo protector alrededor de la muchacha del pantano. Los almuerzos de las muchachas hacían juego: ensaladas de lechuga, barras de dulce dietético, malteadas dietéticas. Todas estaban celosas de lo poco que ella comía.

¿Cómo es que Cill no pudo haber previsto estos eventos? La muchacha del pantano estaba herida, era diminuta, misteriosa, pelirroja. Lo mejor de todo, ella no podía contradecir ningún rumor que las muchachas que estaban vivas esparcían sobre ella.

— ¡Era demasiado hermosa como para vivir! —Priscilla suspiró—. La mataron por su belleza.

— No cre-cre-creo—, dijo Cill, — que sucedió de esa manera.

Las chicas populares ajustaron sus mallas, disgustadas. — ¿No?

Cillian apenas percibía que las otras mesas estaban escuchando, pero la densidad de la atención no lo afectó de ningún modo. —Soy de ella, y ella es mía, — anunció—. Me he dedicado a averiguar todo acerca de ella.

Un suspiro espasmódico de envidia recorrió la mesa de las chicas más populares — ¿qué muchacho viviente diría esto sobre ellas? Un milagro: nadie se burló de Cillian Eddowis. Todas tenían hambre de ser amadas así. Las chicas más populares lo miraban con avidez mientras comía un sandwich de queso con papas fritas, mientras ardían los iris verdes de sus ojos. Entre bocados, alzó su mano izquierda para tocar la trenza roja de la muchacha del pantano, enredándola como la cadena de una lámpara.

Gillian no lo pudo evitar: le había roto el corazón. El pasado más atesorado por ella se había filtrado por entre su hijo. ¿Las canciones que ella le había cantado cuando estaba lactando? ¿El cuidado con que ella cortaba las diminutas medialunas de sus uñas? ¡Darle el pecho a las 4 AM! ¡Borrado! Su hijo había madurado hacia la amnesia de esos primeros años. Ahora su cuerpo era el único lugar donde las memorias estaban preservadas. A Cillian, como a todos los hijos, esta traición lo tenía sin cuidado.

— Hay tanto acerca de ti que no recuerdas—, Gillian lo acusó una noche después de la cena. Cillian, quien estaba escribiendo en la mesa de la cocina un reporte sobre rocas ígneas, la ignoró.

— Cuando eras mi niño, chiquitito—, dijo Gillian con una voz de agonía sincera, — le tenías terror a la aspiradora. Te encantaba tu pijama de ranita. Le ponías tanto pegamento a tus proyectos de arte que tus maestros...

— ¡Deja de hablar de esas historias estúpidas, Ma!

— Oh, ¿así es que te parecen estúpidas? Las historias de cómo tuve que criarte sola, sin un centavo de tu padre...

— ¡Sólo estás tratando de *avergonzarme* en frente de ella!

La muchacha del pantano les sonrió desde su sillón amarillo. Su falda de cuero era escandalosamente corta, una donación de la grandota Bianca. Con recato, Cillian había extendido la guía de canales del cable sobre el regazo de ella. Algunos bichitos daban vueltas en su vaso de agua; mosquitos y libélulas que siempre estaban lanzándose en la comida y en la bebida de La muchacha del pantano, como en extraña solidaridad con ella.

Cillian se irguió triunfalmente, treinta centímetros más alto que su madre. — ¿No quieres que crezca?

— ¿Qué? ¡Por supuesto que quiero!

Pero Cillian ya tenía lista su refutación: — ¡Me pusiste un nombre que rima con el tuyo, Ma!

Esto era cierto. Gillian y Cillian. A ella se le ocurrió ese plan cuando ella misma era una adolescente, y estaba embarazada con una nutria sin nombre, una especie de animalito saltarín. Un nombre que rimara le había parecido bien en aquel entonces; no pudo haber dicho por qué, cuando tenía diecisiete años. De haber sido Cillian una niña le habría puesto Lillian.

—Estás muy joven, no puedes saber...— Pero ¿qué quería decirle?

Ahora su cuerpo parecía derrumbarse en sí mismo, haciéndose más y más pequeño, a tal grado que aun Cillian, aislado detrás del muro de su amor, lo notó y se alarmó. — ¿Ma? ¿Qué te pasa?

—Todo cambia siempre—, murmuró ella ominosamente—. Sólo una cosa, por favor, espera, mi amor. No... *te precipites*—. ¡Qué palabras! Se imaginó a su hijo hundiéndose hasta el cuello en el agua rojiza del pantano.

Ahora ella tenía hipo, sin poder nombrar sus propios sentimientos. Sin pensarlo, tomó el vaso de agua sucia, y bebió de él. —Tu potencial... todos los maestros me dicen que tienes gran potencial.

*Díselo de una vez por todas.* — ¡No quiero que echés a perder tu *vida* por una Muchacha del pantano!

— Oh, Ma—. Cill le dio de palmaditas en la espalda hasta que el hipo se detuvo. Su cara se veía arrugada y azul en el cuarto oscuro, de pie delante de la muchacha del pantano en su silla. Por un momento, pudieron haber sido hermanas.

La muchacha del pantano flotaba en el colchón, ligera como un vestido. Peinetas, rosa y púrpura, estaban esparcidas encima de la almohada. Le sonrió a Cillian, o a algo más allá de él, con su calma disecada. Abajo, Gillian estaba preparando el desayuno, los olores mantecosos se le metían a Cillian por las fosas nasales como un anillo de buey, jalándolo hacia ellos. Pero cuando ella lo llamó él parecía no estar en el cuarto. Estaba escarbando y escarbando en el pantano otra vez, alisando las mejillas azules de ella con las dos manos, enterrando la pala dentro del reino del que ella vino.

— ¡Cillian! ¡Ya viene el autobús! — Le debió haber tomado veinte segundos ponerse los pantalones. ¿Qué estaba haciendo allá adentro? Probablemente haciéndose una paja viendo un “*meme*”, o como se llame, o comprándole perfume a la muchacha del pantano con una de las tarjetas de crédito de su madre.

— ¡Ya voy, Ma!

Cillian siempre estaba aprendiendo cosas nuevas sobre su novia. Mientras más la miraba, más veía. Su cara se tornó granular con personalidad. Aunque ella estaba joven cuando desapareció en el pantano, su cara estaba marcada con arruguitas. Algún sueño o estado de ánimo había ocurrido con la frecuencia suficiente como para cincelar líneas a través de su frente. Aquí estaban las rugosidades y las hondonadas que su clima mental había creado en su piel.

Cill observó con cuidado las inflorescencias en las dos mejillas de ella. Su cerebro estaba ahí, el hombre de la universidad había dicho. Su cerebro está intacto, preservado por los ácidos del pantano. Cillian pasó horas haciendo quiromancia forense, tratando de leer la mente de ella.

— ¿Vas a hablar con él? — Gillian le suplicó a Sean—. ¡Algo realmente, realmente malo está pasando con él!

— El primer amor, el primer amor— Sean murmuró tristemente, rascándose la nariz bubónica—. Quiénes somos para intervenir, ¿eh? Esto se va a morir de muerte natural.

— ¡Muerte natural!

Ella estaba pensando que la pobre muchacha había sido asesinada a garrotazos. Su pelo claro y pelirrojo extendido junto con la soga a lo largo de su espina dorsal. No pudiste sobrevivir tu muerte, ¿verdad? Sobrevivió contigo.

A mediados de octubre, una limusina se estacionó delante de la casa para llevar a Cillian y a la muchacha del pantano al baile anual de la escuela. Una canción *techno-reggae* llamada “*Bump de Ass!*” sonaba en el asiento trasero, donde media docena de adolescentes estaban sentados en un silencio de iglesia. La reticencia de la muchacha del pantano era contagiosa. Las luces de ambulancia chispeaban por entre los vidrios ahumados, provocando que todos saltaran, con una excepción: la compañera de Cillian Eddowis, la glamurosa extranjera, o nativa — nadie estaba seguro de cómo considerarla.

Desde que se consiguió una novia más grande que él, Cillian había comenzado a hablarle a sus compañeros con la voz de un hombre que apenas tolera a los niños.

—Carla— dijo, carraspeando —. ¿Te molestaría exhalar un poco más cerca de la ventanilla? Tu humo nos da en la cara.

Dos chicas comenzaron a debatir si una amiga debía o no perder su virginidad en un BMW esa noche. ¿Cómo es el interior del carro? Ésta era una pregunta muy importante. El novio de la muchacha era un traficante de cocaína de veintiséis años. Antes de que la muchacha del pantano arribara en escena, todos consideraban la edad de ese hombre bastante impresionante. El novio traficante no había podido acompañar a la muchacha al baile de la escuela, así es que ella llevó al pobre Eoin, su primo de décimo, quien se veía casi fatalmente comprimido por su faja verde. El de los veintiséis años estaría esperándola en el BMW, post-festividad. ¿Debería ella desflorarlo?

—Un momento. Ah. Creo que él te va a desflorar a ti, ¿no? ¿O tal vez ustedes se van a desflorar uno al otro? ¿Quién tiene la flor?

— Hazlo y ya, y después niégalo— Carla alzó los hombros—. Eso es lo que yo hice.



— Mi consejo — dijo Cillian, con su voz extraña—, mi consejo es, espera. Espera hasta que encuentres a la persona con la que quieres pasar todo tu tiempo terrenal.

La muchacha del pantano se reclinó en su hombro, distante en su resplandeciente tiara.  
— O hasta que esa persona te encuentre. Si es este tipo, bueno, felicidades. Pero, si no, espera. Vas a encontrar a tu alma gemela. Y vas a quererle dar a esa persona cada molécula de tu vida.

El intento de decorar el gimnasio de la preparatoria en un estilo árabe de fantasía no había tenido mucho éxito. Cill y la muchacha del pantano estaban debajo de una palmera que parecía un enorme cepillo de inodoros, hecha de celofán y tubos de cartón. Tres de las muchachas que venían en la limusina vinieron a pedirle a Cillian que bailara con ellas, pero él les explicó que su novia odiaba quedarse sola. Todas aceptaron con respetuoso mal humor el derecho de ella sobre él.

La fiesta después de la fiesta tuvo lugar en un viejo almacén en el lado oeste de la isla, donde todo estaba cerrado o abandonado; la población de la isla había estado declinando continuamente por tres décadas. La música sonaba como puños golpeando el muro, y el piso estaba tan pegajoso que Cillian tuvo que alzar y cargar a la muchacha del pantano, enredando alrededor de un brazo su vestido plateado. Cillian nunca había asistido a una fiesta después de la fiesta. O siquiera, a una fiesta. Observó a los muchachos que solían atormentarlo, los de último año, con sus caras de puerco y sus vasos de plástico. Unos estaban solos, otros tenían novias, unos eran vírgenes, otros no, pero ninguno de ellos, Cillian estaba seguro, sabía nada acerca del amor.

Eoin el de décimo había venido solo, su pareja no se encontraba por ningún sitio. No podía respirar con la faja puesta, en peligro visible de vomitar Bacardi. Alzó un ojo enrojecido en la dirección de Cill, sonriendo sombríamente.

—Así es que—, dijo, —me estaba preguntando. Ustedes dos...

Cillian se adelantó a la pregunta: —Un caballero nunca habla de eso.

Era una frase que había leído una vez en una revista para hombres, mientras esperaba que le hicieran una endodoncia. De hecho, su madre no necesita haber perdido mucho el sueño sobre ese temor en particular. En la noche, Cillian se acostaba al lado de la muchacha del pantano, tocándola apenas. Una continua, calma feliz irradiaba de ella, que lo llenaba a él con una euforia paralela.

Cillian llevó a la muchacha del pantano a la pista, con la trenza sobre su hombro. Incluso Eoin, a unos minutos de la inconsciencia, podía escuchar exactamente quién creía ser el muchacho más grande en esta historia: Cillian El Salvador.

— ¡Carajo! ¡Despierta hombre! ¡Te va a hacer esperar para siempre! — La solitaria risa de Eoin murió una muerte terrible, como un pájaro ensartado en una lanza.

A las 3 AM, las luces todavía estaban encendidas. Oh, oh, pensó Cill. Mi mamá está tomando ginebra otra vez.

La bebida hacía a sus silencios burbujear locuazmente. Casi le daba hipo a él, escuchando sus silencios. Oh, dios. Había tanto dolor dentro de ella, tanto que ella quería compartir con él. Cillian y la muchacha del pantano trataron de pasar de puntillas hacia las escaleras sin que ella los viera, pero ella dio un brinco como un muñeco sorpresa.

— ¿Cillian?— En la oscuridad se veía pequeña como una niña. Su voz era trémula y joven, y el modo en que arrastraba las palabras le recordaron a él su propia tartamudez, ese vestigio sobreviviente de sus años de infancia. Su madre sonaba como una niña adormecida, de cuatro o cinco años. Estaba descalza, y se alzó en sus dedos cortos y regordetes para apretar su brazo.

— ¿De dónde vienes?

— De ningún lado. El baile. Estuvo divertido.

— ¿Adónde vas?

— Ay, mamá. ¿Adónde cre-cre-cres?

— ¡Buenas noches! —le dijo desesperadamente cuando él se fue—. ¡Espero que te hayas divertido! ¡Te veías tan guapo! ¡Tan maduro!

Para el comienzo del invierno, la quietud de la muchacha del pantano había comenzado a provocar una inquietud en Cillian, un agobiante y palpitante sentimiento. Estaba reprobando tres materias. Su madre había amenazado con mandarlo con la tía Cathy hasta que se “enderezara”. No le importaba. Esperando el autobús en la lluvia congelada, ya no soñaba con tener un auto. Sabía lo que iba a hacer con el dinero del verano que ganó con Bos Ardee: irse con ella.

Reprobaría la escuela y se llevaría a la muchacha del pantano con él a tierra firme. Al principio ella extrañaría su pueblo, tal vez, pero ellos tomarían paseos por los parques de la ciudad. Era el llamado de la paz, el llamado de la felicidad, provocándolo a intentar algo nuevo. Oh, él también tenía miedo.

En su vida de fantasía, Cillian hacía el nudo del lazo cada vez más apretado. Imaginaba, con un gozo extraño, la vida de limitaciones que vivirían. Sin niños, sin sexo, sin noches desordenadas vomitando afuera de los bares, sin embarazos accidentales, sin peleas en la calle, sin traiciones, sin sorpresas, sin promesas rotas, sin promesas.

¿La muchacha del pantano estaba de acuerdo con esta fantasía? Cillian tenía todas las razones para creerlo. Cuando le describió sus planes a ella, su sonrisa nunca desapareció de su cara. ¿Había amor sólo de un lado, como los preocupados adultos sin imaginación que eran parte de su vida seguían insistiendo? No—pero la prueba de esto no sorprendió a nadie tan terriblemente como a Cillian.

Una noche a mediados de diciembre, acostado en la cama, sintió algo suave como una telaraña en su mejilla derecha. Eran las pestañas de ella, parpadeando sobre él. Resplandecían con un rojo como de rábano a la luz de la luna. Cillian cacheteó su mejilla, sus propios ojos nunca se abrieron. Aún sumergido en su sueño, dio un gruñido y se movió de lado.

*Cillian.*

*Cillian.*

La muchacha del pantano se sentó.

Con un agitado esfuerzo, los músculos de su mandíbula azul bostezaron. Un ojo se abrió. Se estudió a sí mismo por un largo instante en el espejo de una cómoda, después volteó calmadamente de regreso a Cillian. Muy lentamente, su brazo derecho se despegó solo y calló sobre la cobija a cuadros. Los dedos se arriscaron en la orilla de la sábana, y la jalieron hacia abajo. Un rubor de satisfacción primitiva coloreó las mejillas de la muchacha del pantano. Jaló

con más fuerza, revelando a Cillian acurrucado de lado y en camiseta. Gruñendo en su sueño, él jaló las cobijas hacia arriba.

—Cillian—, dijo ella en voz alta.

Ahora Cillian estaba despierto—estaba irreversiblemente despierto. Parpadeó hacia la cara de ella, que lo estaba mirando. Cuando hicieron contacto con los ojos, su sonrisa congelada se hizo más grande.

— ¡Mamá! — gritó sin poder evitarlo—. ¡Auxilio!

La muchacha del pantano comenzó a gritar y gritar, imitándolo. Y él podía ver, irradiando desde su mirada, la misma ternura ciega que él había dirigido hacia ella. Ahora él era el objeto. Algo espantoso había pasado: ella lo amaba.

Por meses, Cillian había estado descifrando los silencios de la muchacha del pantano. Se había asomado a sus sueños, a sus temores, a sus pensamientos más profundos. Pero su verdadera voz no era para nada como la voz que él había imaginado para ella – una combinación de Vicky Gilvarry y Patti LaBelle. Sus ululaciones agudas llovían sobre él. En la cocina, la perra comenzó a ladrar. El idioma que ella hablaba ya no era hablado en ningún lugar de la tierra.

Cillian se tropezó, jalándose los calzones. La muchacha del pantano también se puso de pie. El pasado, con su monstruosa profundidad y duración, lo iba a alcanzar, exigiendo un entendimiento que él simplemente no podía darle. Su mente era demasiado joven y estrecha como para soportar la embestida que venía de la vida de ella. Un bosque invisible estaba en el cuarto con ellos, el aroma de los árboles multiplicándose. Un terremoto mental dentro de la muchacha del pantano estaba recreando un mundo, verde y desconocido para él, o para cualquier otra persona viva: su tierra. La mirada de ella se dirigió hacia sus propios adentros, llevándose a

Cillian. Por un instante, él pensó haber visto a los padres de ella. A sus hermanos, a sus hermanas, a una nación de gente. Sus mejillas ahora comenzando a enrojecerse, cada uno de ellos vivo otra vez dentro de su villa. Pinos extendiéndose hacia el mar. Dioses, cornudos y sin rostro, caminando en los lagos que alguna vez cubrieron la casa de Cillian. Cillian estaba sepultado en el agua, en imágenes líquidas de ella; él tenía que abrirse camino a través de tantos estratos de la memoria de ella para alcanzar la superficie de su mente. La mayor parte de lo que vio lo hizo recular. Su mente se sentía como una lengua quemada, adormecida tocando la realidad de ella.

— ¿Q-q-quié eres?

“Un corazón roto” es el diagnóstico universal por el dolor que acompaña el fin de un amor. Pero ésta era una separación inusual, en cuanto a que la mente de Cillian se resquebrajó primero. El amor que lo había protegido comenzó a caerse. Pieza por pieza se desprendían de su pecho, una armadura oxidándose en él. *¿Qué eres?*

La muchacha del pantano se lanzó sobre él, con los brazos abiertos. Primero se movió como un pollo dando brinco, con una ligereza inesperada. Después pareció recordar cómo dar un paso, del talón a los dedos. Ella llegó por él como un astronauta, rebotando en la alfombra gris. La única palabra en inglés que ella sabía era el nombre de él.

Ella trató de tomarlo, casi ingravidamente. ¿No estaba ella igualmente aterrorizada? No había otra boya que este muchacho, quien la había sujetado con sus brazos pecosos y delgados, lanzándola del pantano hacia el tiempo.

Cillian se escondió detrás de la cómoda.

Los dedos de ella encontraron la mano de él, enlazándola entre los dedos.

Él volvió a gritar, aun mientras le apretaba la mano a ella.

Las palabras de ella salían amontonadas, una caída de agua descongelándose, moviéndose intrincadamente entre octavos; pero la única palabra que él entendía era su nombre. Tal vez nada de lo que él le había dicho a ella, en sus seis meses como pareja, había sido entendido. Cillian trató de mover los mecanismos de su cerebro, tratando desesperadamente de encontrar las palabras que lo liberarían.

— Quítale el seguro a la puerta—, llamaba la hermosa voz de su madre.

Cillian estaba congelado en el apretón de la muchacha del pantano, incapaz siquiera de responder. Pero un momento después escuchó la llave dándole vuelta a la cerradura. Gillian estaba en el corredor en su pijama amarilla. Con una comprensión panorámica, vio todo lo que había sucedido. También, sabía, lo que se debía hacer ahora. Si hubiera podido liberarlos a los dos del abrazo, lo habría hecho; pero ahora entendía el reto. El muchacho tenía que escaparse por sí mismo. —Llévala a su casa, Cillian. Asegúrate de que llegue segura a su casa.

Cillian, sus ojos redondos con pánico, solamente asintió.

Gillian fue hacia la muchacha del pantano, ayudándole a ponerse un suéter. — Ponte una gorra. Y pantalones.

Su madre los guió a la planta baja y hacia el porche, encendiendo cada foco amarillo a medida que se movían a través de la casa. Era el diciembre más tibio en record, lluvia en lugar de nieve, las gotas desapareciendo entre la madera podrida. Cillian cargó a la muchacha del pantano hasta donde la luz terminaba antes de darse cuenta de que su madre no lo iba a acompañar.

— ¡Bájala con mucho cuidado, hijo! — le gritó su madre mientras él se iba.

Bueno, por lo menos, ella podía hacer esto por él: sostuvo una linterna firmemente a través del pasto mojado, creando una rampa de luz que alcanzaba casi hasta los alerces. Los vio moverse hacia el agua negra. La muchacha del pantano estaba aullando en su lengua extranjera; a esta distancia, Gillian sintió que ella casi podía entenderla.

Oh, ella deseaba que su separación fuera permanente. Ella se había divorciado del padre de Cillian, después, por un tiempo breve, se fue a vivir a su nueva casa; tuvieron que pasar años antes de que su relación verdaderamente terminara. Uno tenía que realmente cultivar un final. Para hacerlo durar, uno tenía que arrodillarse y cuidar la tumba, reafirmando continuamente el propósito que uno se hizo.

Ésta era una mala separación. A medio kilómetro de la casa, debajo de una luna clara, Cillian y la muchacha del pantano estaban revolcándose en el lodo, cada uno gritando en un idioma diferente. Sus gritos trenzados uno con el otro, sus manos tocando uno al otro; fue durante esta confusión que ellos fueron, por fin, verdaderamente unidos como pareja. La linterna rodó con ellos, sacando de los juncos los ojos rojos y amarillos de los anfibios. —Se acabó. Se acabó. Se acabó—, él continuaba balbuceando con optimismo, enloquecido del miedo. El cuello de ella estaba vibrando en la piel de él. Podía sentir el eco de su propio terror y tristeza, y otra vez su mente se sintió rebasada por el chapoteo de las olas del tiempo. Ella sujetó el cuello de la camisa del muchacho, su cuerpo cubierto en lodo oscuro y tallos rotos de algodón del pantano, líquen azul. Por fin sintió que ella ya no lo sujetaba tan fuerte. Sus ojos destellando opacamente a la luz de la luna, líquidos y enormes, más grandes de lo que nadie hubiera creído antes de abrirlos, lo miraban con lo que él imaginó era una tierna sorpresa, y decepción. Él no era tampoco, quien ella esperaba encontrar al abrir los ojos. Ahora ninguno de los dos adolescentes tenía que decirle al otro que esto se había acabado. Simplemente era así—y, sin otro sonido, la



muchacha soltó a Cillian y se deslizó de espaldas en el agua del pantano. ¿Se hundió? Parecía como si el agua se estuviera apresurando a cubrirla. Su pelo color de arándano se desprendió de su cuero cabelludo, y su cuerpo comenzó a despedazarse, mientras él miraba.

Irguiéndose de donde estaba arrodillado a la orilla de lodo, se sacudió la turba de sus pantalones. Sus brazos le hormigueaban en donde los dedos de ella lo habían soltado de pronto. La lluvia clara empapaba su ropa. El pantano aún estaba burbujeando, y los pedazos del cuerpo de la muchacha se hundían en la turba negra, cuando él se dio la media vuelta y corrió. Por unos días estuvo estremecido con alivio; se había sentido seguro, viéndola hundirse, de que nunca vería a la muchacha del pantano otra vez en su vida.

Pero se equivocó. En las semanas y años que vendrían, Cillian se encontraría solo con su recuerdo, luchando por ponerle atención a sus ruidosos contemporáneos en una atiborrada sala de clase. ¿Con qué frecuencia él retrocedía sus pasos, caminando de regreso hasta la orilla del pantano, asomándose en él? Cada atardecer, con su primitiva elocuencia, los insectos que cabalgan en el aire continúan pronunciando el millón de silabas que forman el nombre de ella.

— ¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! — Esa noche, Cillian vino gritando desde la oscuridad, sus rodillas como pistones mientras corría hacia la luz, para llegar a su casa a la orilla de la ciénaga.

— ¿Quién *era*? ■

## HOMBRE EN MINIATURA

Temprano en la mañana: traen el cadáver de mi padre en la cajuela de un Mercury coupé del 49, densas gotas de rocío aún escurren en las luces traseras. Su cuerpo está apretadamente envuelto, de pies a cabeza, en plástico transparente. Ligas color carne atan el cuello, la cintura y los tobillos — al estilo de una momia. Entre tanto, se ha hecho muy pequeño — tal vez veinte centímetros de largo. De hecho, lo estoy sosteniendo ahora, en la palma de la mano. Les pido permiso para desatar su cabecita, sólo para asegurarme de que está realmente muerto. Me permiten hacerlo. Se hacen de lado, sus manos enlazadas detrás de sus espaldas trajeadas, con la cabeza agachada en una especie de luto avergonzado, algo por lo que uno no les pediría explicaciones. Es mejor estar bien con ellos. Además, ahora parecen muy amables y estoicos.

El Mercury espera con un profundo y penetrante retumbo que puedo sentir a través de las suelas de los zapatos. Le quito las ligas cuidadosamente y descubro su rostro, removiendo muy lentamente la envoltura de plástico de su nariz. Hace un sonido pegajoso, como el del linóleo cuando se despega del adhesivo. Su boca se abre involuntariamente — sin duda, una respuesta retardada, del sistema nervioso, pero lo considero como un último suspiro. Le meto mi pulgar y siento sus encías rasposas. Pequeñas ondulaciones donde antes tenía dientes. Tampoco tenía dientes cuando estaba vivo — la vida en la que lo recuerdo. Vuelvo a envolver su cabeza en la funda de plástico, lo ato con la liga, y lo regreso, agradeciéndoles a todos con una ligera

inclinación de la cabeza, tratando de continuar con la solemnidad del momento. Lo reciben de mí con cuidado y lo colocan de nuevo en la cajuela oscura junto con otras miniaturas. Hay miniaturas de mujeres, apretadas a cada lado de él, que conservan en perfecto detalle sus rasgos atractivos: los pómulos altos, las cejas depiladas, las pestañas embadurnadas de rímel azul, el pelo lavado y peinado, oliendo a caña de azúcar madura. El suyo es el único cuerpo que da la cara completamente hacia una franja de la luz del sol. Cuando cierran la cajuela, esta franja se vuelve negra, como si una nube hubiera cubierto el sol abruptamente.

Están frente a mí, formados en un semicírculo, manos enlazadas sobre sus ingles, en actitud casual y sin embargo, formal. No puedo decir si son ex-militares o pandilleros. Parecen una combinación de ambos. Saludo a cada uno girando contra-reloj. Tengo la impresión de que algunos inclusive golpearon sus tacones uno con otro, al estilo fascista, pero a lo mejor lo estoy inventando. No sé si esta lluvia acaba de comenzar o si ha estado lloviendo por algún tiempo. Los veo irse en su auto en una llovizna ligera.

Eso es más o menos lo que puedo recordar. Junto con estos pequeños detalles está la extraña sensación de quien despierta en duelo, no puedo decir a propósito de qué.

### **FELICITY**

En otra lengua, en otra época, creo que su nombre significaba “felicidad”. Felicity, creo que era así —Felicity—, sí, así era. Nunca había escuchado el nombre antes, como sacado de una novela inglesa. Muy joven. Cara pecosa. Pelirroja. Un poco gordita. Adolescente. Siempre vestida con ropa simple de algodón que parecía hecha en casa. Solía gritar como conejo atrapado cuando se sentaba de espaldas en la verga de mi padre. Nunca había escuchado tanto éxtasis y

horror, todo al mismo tiempo. Yo escuchaba en el cuarto de al lado, mirando el techo. Algo olía a eucalipto y vaselina. Nunca hablaban. Yo escuchaba. Pero nunca hablaban. Me desafiaba a mí mismo a ir allá dentro, solamente ir y aparecerme y no decir nada. Solamente mirar como un niño zombi — un niño que aparece de ningún lado. ¿Qué podrían hacer? Mirarme. ¿Echarme de ahí? ¿Vestirse y echarme de la casa? Yo sabía lo que estaban haciendo. Sabía que se sentía rico. Sabía que debía sentirse rico metérsela a otra persona. De ese modo, hasta dentro.

Entré y ahí estaba ella. La novia de mi padre sentada derecha y penetrada — desnuda, casi — como si estuviera montada al revés en un pony. Ninguno de los dos me vio. Nunca voltearon a verme. Ella sólo continuó cabalgándolo y gritando sin medida, moviéndose de arriba abajo con frenesí. Él estaba acostado de espaldas en la mesa, mirando al techo, sus brazos doblados detrás de su cabeza, como si pudiera estar tomando una siesta o escuchando la radio. Sus labios se movían, pero nada salía de ellos. Me acerqué a ellos, pero nunca voltearon a verme. Sus calzones color de rosa estaban en el piso. Parecían como si fueran de una mujer de más edad, tal vez de su madre.

Alguien llamó a la puerta frenéticamente, pero ninguno de los dos les puso atención. Felicity sólo continuó gritando y follando. Algunas veces se inclinaba un poco hacia adelante, miraba hacia abajo y examinaba de cerca la penetración, sin pasión. Su boca estaba totalmente abierta y su pelo pegado al sudor de la frente. El llamado y los golpes continuaron. Fui a la puerta y la entreabrí. Tenía puestos mis shorts de jockey y una camiseta. Era Mabel Hynes, la dueña del edificio que vivía al fondo del corredor. Ahí estaba parada cargando entre los dobleces de sus brazos flácidos uno de esos perros mexicanos sin pelo. El perro estaba callado pero paraba las orejas con cada grito. Cuando un grito venía, el perro ladraba.

— ¿Qué está pasando ahí? Suena como que están matando a alguien.

— No, solamente es mi papá.

— ¿Tu papá? ¿Qué está haciendo?

— Está jugando. Está con una amiga.

— ¿Jugando? No me suena como que alguien esté jugando.

— La verdad es que, nunca la he visto antes. A esta muchacha.

— Sí, bueno, dile que si no halla un modo de hacer menos ruido voy a llamar a la policía.

— Está bien.

— Se lo dices.

— Sí.

— Ya tengo suficiente de qué preocuparme sin sus fechorías.

— Sí, señora.

Cerré la puerta y le puse el cerrojo. Felicity continuaba, pero ahora sus gritos se convirtieron en pequeñas suplicas de piedad. Mi padre siguió callado. Siempre estaba moviendo sus labios como si estuviera hablando con alguien invisible. Aún parecía como si ellos no supieran que yo estaba ahí. Me puse mis *jeans* y salí a escondidas por la puerta de atrás, descalzo.

Hacía frío cuando salí y estaba amaneciendo. Detrás de la casa donde nos alojábamos había un oscuro patio de ferrocarriles, que se extendía hasta Stanley y Bingham. Se empequeñecía hasta convertirse en luces de neón intermitentes y señales de guardafrenos. Había hombres que cargaban metales secretos que alguien me dijo que iban a ser enviados a Los

Alamos y a Alamogordo. Los trenes de carga silbaban y gemían mientras esperaban. El olor a donas, humo, *waffles* y café se derramaba a lo largo del dilapidado patio y hasta el vasto oscuro desierto. A través de la grava hombres silenciosos movían en ruedas de hierro enormes cajas pesadas. De tanto en tanto una de las siluetas asentía con la cabeza o pujaba, pero el mundo continuaba enigmático, velado e innombrable.

Seguí las mismas reglas de orientación geográfica como si estuviera caminando a lo largo de un río tranquilo. De ida, ponía atención a las vías al lado izquierdo de mi hombro, y de regreso al lado derecho. Siempre y cuando usara las vías para guiarme, nunca me perdería. Simple. Seguí la larga serpiente de hierro hasta que las luces comerciales del centro del pueblo se redujeron a puntos. Mis pasos sonaban más fuerte. Lagartijas y pequeños animales se apartaban rápidamente de mí. Traté de mantenerme en la arena suave y fresca, pero las acacias y las botellas rotas torturaban mis pies descalzos. Pequeños parches suaves de pasto silvestre me daban un respiro momentáneo, hasta que alguna espina o clavo se me enterró y finalmente tuve que retroceder. La vía de hierro todavía mantenía calor del día anterior, y de pronto comencé a saltar sobre las traviesas creosotadas de regreso al pueblo.

En cuanto entré otra vez al montón de anuncios de cerveza de neón rosa y verde, busqué una luz en la ventana de la casa de huéspedes. Imaginé que la veía a la distancia. Imaginé que veía a mi papá friendo tocino, pero tal vez no. Tal vez yo lo estaba inventando. Toda una vida de incertidumbre. Patrullas rodeaban la casa donde nos alojábamos. Luces azules girando. La Sra. Hynes estaba parada en el porche de la entrada observando lo que acontecía, con su perrito ladrando en sus brazos y un suéter puesto sobre sus hombros para protegerse del fresco de la madrugada. Tenía la apariencia sombría de alguien que está viendo un accidente de tránsito que acaba de pasar. Felicity estaba parada en la banqueta con una sábana encima, castañeteando,

llorando, mientras que una mujer policía trataba de mantener la sábana apretada alrededor de sus enormes pechos. Rímel púrpura le escurría por las mejillas. La mujer policía la llevó hasta una de las patrullas, que se fue inmediatamente sonando la sirena. Una mujer con un abrigo rosa le estaba gritando a mi padre, que estaba en calzones, fumando un cigarro. Había un policía a cada lado de él, apretándole los codos descubiertos, después lo esposaron con las manos atrás de su espalda. La mujer del abrigo rosa seguía gritando cosas como “¡Hijo de puta!” y “¡Maricón!” mientras los policías lo pusieron en el asiento trasero de otra patrulla y cuidaron de que no se golpeará la cabeza con el marco de la puerta. Que pensé era un gesto realmente extraño, ya que ellos ya le estaban haciendo un daño severo a su reputación. Ahora todas las patrullas se fueron rápido con sus sirenas aullando, siguiendo a mi padre como si él acabara de dispararle al Presidente. La Sra. Hynes regresó adentro con su perro y apagó la luz del porche. La mujer del abrigo rosa continuó llorando y yendo en pequeños círculos, buscando en sus bolsas profundas más *Kleenex* arrugados. Sus labios se estaban moviendo. Estaba hablando con alguien que estaba muy lejos. Se inclinó y se quitó los dos zapatos de tacón. Los llevó colgando en un dedo mientras se alejaba de mí zigzagueando, a lo largo de la calle Trace.

### **LO OPUESTO DE FELICITY**

Lo curioso acerca de Felicity era cómo parecía ser lo opuesto en su vestido blanco de algodón puro y piernas bronceadas, tacones negros de charol y bolsa para hacer juego, qué opuesto a lo que recuerdo de ella la otra mañana llorando desnuda, despeinándose el pelo rojo. Desamparo. Ahora aquí estaba con una cola de caballo, parada, muy derecha, en nuestro porche de la entrada con sus brazos extrañamente cruzados, su bolsa colgando, preguntando si mi padre estaba en casa. Le dije que aún estaba trabajando en el corral de engorde pero que ella podía

entrar de todos modos y esperar, si quería. Y así lo hizo, y me puse cada vez más nervioso y tembloroso cuando ella se sentó en la orilla de una silla de mimbre mientras yo sacaba té helado de la hielera y lo servía en una jarra de vidrio y se lo llevaba, con los pedazos de hielo haciendo ruido y el té escurriendo del borde. ( Esto fue en una casa diferente, no en la casa de huéspedes. Muy lejos en el campo, pero Felicity la encontró de algún modo, nos siguió el rastro.) Cuando le di el té puso su bolsa negra en el piso y colocó la jarra de vidrio en sus rodillas, después me sonrió con una euforia repentina.

Me puse tan nervioso que tuve que salir de la casa y caminar alrededor por un rato. Todo el tiempo que estuve afuera estaba imaginándola sentada en la silla de mimbre, sola con el té helado balanceado en sus rodillas mirando alrededor a nuestra extraña casa nueva. Nueva, quiero decir, para nosotros —diferente — cosas diferentes en el muro que no nos pertenecían, reproducciones baratas de un lucio y de un campamento de leñadores y lugares que no tenían nada que ver con el lugar donde nos encontrábamos ahora. Extrañaba el ventilador negro girando en nuestra cocina mientras yo zigzagueaba a través de parches de acacias, esquivando viejas latas de frijoles. Lo amigable de su rotación contrarreloj. El sol realmente caía a plomo a esa hora, y yo seguía viendo todo dentro de mi cabeza: el pequeño ventilador soplando viento en la parte posterior del cuello de Felicity, mechones parados de pelo rojo. La imaginaba solamente sentada ahí, dándome la espalda y la jarra de vidrio escurriendo agua en sus piernas, la condensación moviéndose en una corriente fría por sus pantorrillas. Pensé que tal vez lo que debía hacer era acercarme a la casa y asomarme por la ventana de atrás y ver si ella estaba todavía sentada ahí o si tal vez se había parado y caminado por los cuartos (sólo había tres), tratando de ver si ella reconocía alguna de nuestras cosas de la casa de huéspedes, como la vasija de afeitarse de Papá o mi acordeón desportillado. Cuando me acerqué así a la ventana, me sentí como un espía o alguno



acercándose a hurtadillas a la casa de alguien para asomarse y ver si había algo de valor para robar. Un fisgón. No pude ver para nada a Felicity. La silla de mimbre estaba desocupada. El pequeño ventilador negro estaba girando y soplando aire a través del cuarto vacío. Casi podía sentir las oleadas de viento. Me fui sigilosamente a la ventana de la recámara y la vi dar brincos en el colchón tirado en el piso donde dormía mi papá. No tenía ni sábanas ni cobijas, y sus oscuras manchas de café contrastaban marcadamente con el vestido de Felicity. Ella parecía estar feliz — sonriendo silenciosamente, levantando un brazo arriba de su cabeza, inclinando la jarra de vidrio, té cayendo sobre sus hombros y sobre el colchón desnudo. Inclinó la jarra completamente y se echó el té en la cabeza. Se quitó con dos patadas los tacones negros y dio de brincos, después aventó la jarra de vidrio al muro. No se rompió, sólo rebotó del muro de yeso y repiqueteo hasta una esquina. Girando. Ella dejó de reír. Dejó de brincar y se quedó parada ahí, mirando el muro. La jarra de vidrio giró hasta que se detuvo. Ella no se movió. Yo tampoco. Ella no tenía la menor idea de que yo estaba mirando la parte posterior de su cabeza mojada.

## LINTERNAS

Una vez le pregunté a Felicity sobre mi papá. Ella estaba ahí otra vez, esperándolo. Sentada en la silla de mimbre con su bolsita negra y sus tacones llenos de polvo. Esta vez con una falda de holanes rosa (tal vez para verse más inocente).

Le pregunté si de hecho ella había alguna vez hablado con él, y me dijo que él era en general un tipo silencioso. Eso era una de las cosas que le gustaban de él, su silencio.

— ¿Dijo algo alguna vez? ¿O sólo movió los labios? — le pregunté.

— Una vez— dijo —. Habló acerca de desapariciones — de cómo todo estaba desapareciendo. De cómo antes había fogatas por dondequiera, gente corriendo con antorchas. Riéndose. La noche estaba llena de centellas. Canciones. Niños pequeños corriendo y gritando con regocijo. Gente enamorada saltaba, tomada de las manos, sobre las llamas amenazantes. Los fuegos se disparaban hasta las estrellas.

— ¿Cuándo pasó todo esto? — le pregunté.

— Me dijo que en los viejos tiempos. En los viejos tiempos, antes de que le sacaran la electricidad a la tierra, supongo. Las linternas iluminaban los caminos sin pavimentar.

Algo acerca de su voz me hipnotizaba, aun a esa edad. Algo así como una mano acariciándome suavemente la cabeza. He visto caballos a los que los hacen dormir así cuando alguien apenas y les soba los ojos, las pestañas. Así es como se hace. Pensé, “¿Y si mi papá supiera lo que yo estaba pensando? ¿Lo que estaba pasando? ¿Y si supiera de los sentimientos que tengo por ella?” Ni siquiera sabía qué eran todavía. Estos sentimientos. Eran como agua tibia escurriendo por mi espalda.

## **LA VIDA DE OTRA PERSONA**

Otra mañana, cuando Felicity vino con su misma bolsita negra y se sentó en la misma silla de mimbre, esperando a mi papá, que siempre estaba trabajando, me di el valor de preguntarle por qué su cara nunca expresaba nada. Me dijo que no sabía qué expresar, porque no entendía a las personas. Le pregunté por qué no, y me dijo que ella siempre tenía esta sensación de estar viviendo la vida de otra persona, y que la gente parecía estar lejos de ella. Aparte. Le pregunté quién pudiera ser la otra persona, la que estaba viviendo su vida por ella, y me explicó

que ella no sabía cómo lo sabía, pero era alguien de su misma edad y mujer, pero no sabía su nombre. Le pregunté si sabía qué le esperaba más adelante, si tenía alguna idea de lo que le deparaba el futuro. Me dijo que no, que no era así.

— ¿Que no era cómo? — le pregunté. No era como si ella pudiera ver el futuro. No era como si todo ya estuviera predispuesto y ella tuviera solamente que ir a través de ello. Era como si sus experiencias no le pertenecieran. Le pertenecían a otra persona.

Me senté ahí un largo rato, mirando el piso. Felicity era buena para estar callada. Mejor que yo. Parecía que ella no tenía ninguna ansiedad por lo que le esperaba más tarde. Ella lo podría aceptar o no. Mi miedo de ella se apiló hasta que salté del sofá y traté de inventar una excusa para ir afuera. Ella no parecía estar para nada nerviosa. No había cambiado nada en ella. Sólo permanecía sentada en la silla de mimbre como lo había hecho antes, con la bolsa de charol en su regazo. Corrí afuera al porche de atrás y comencé a tirar todas las cubetas de la viscosa agua tibia de los perros y las volví a llenar. Sólo para hacer algo.

## **HOMBRE EN MINIATURA EN UNA TABERNA IRLANDESA**

Noche: están jugando dardos en la taberna irlandesa. Uno los puede ver a través del cristal de la ventana, inclinados hacia el blanco. Tres de ellos esta vez, aún vestidos con sus trajes de tela de raya fina, sombreros de fieltro, y esos zapatos que uno siempre ve en películas en blanco y negro — puntiagudos — zapatos de trabajo, creo. Con pequeñas perforaciones en el diseño. Todos están fumando *Luckies* y bebiendo Martinis con aceitunas verdes y una cascarita de limón. El Merc 49 está estacionado afuera, con un cuarto hombre recargado en la cajuela, su

pie en la defensa, vestido exactamente como los otros. Está fumando y barajando cartas, separando las jotas. Ninguno de estos tipos parece un actor, pero todos parecen estar actuando un papel.

Adentro, los otros tres están riendo y mascando palillos mientras que uno de ellos lanza al muro su puño de dardos. Cada vez que lanza se inclina, entrecierra los ojos, y hace tres movimientos de práctica con su brazo derecho antes de soltar el dardo. Mi padre muerto, aún envuelto en plástico, y dos de las mujeres reducidas están en el blanco colgados del cuello con ligas rosas. Se mueven apenas un poco de arriba abajo mientras los dardos pasan zumbando por sus cabezas. Un dardo con plumas rojas y punta dorada le da a mi padre directamente en la frente y lo perfora. El cuerpo en miniatura da de vueltas. Él ya está muerto así es que no se queja. Los gangsters están riéndose histéricamente mientras toman sorbos de sus tragos y ajustan el nudo de sus corbatas.

Dos dardos más son lanzados a mi padre, que aún está girando. Los dos fallan. Uno le roza el hombro y repiquetea en el suelo. Un tipo pone una marca amarilla en el pizarrón. El tercer tipo pone cinco centavos en una *Wurlitzer*. Esto es todo lo que puedo recordar.

### **BOTAS CON FLORES ROJAS**

Le dije a Felicity que tenía que dejar de venir como lo hacía — ¿Por qué venía siempre cuando sabía que mi padre estaba en el trabajo? Quiero decir, ¿por qué venía siempre? Sólo me miraba y sonreía. Movi6 la bolsita en sus piernas. Esta vez tenía puestos shorts cortados de mezclilla y botas con flores y pistolas grabadas en ellas. Muy vaquera. Me preguntó si había alguna ley que le impidiera venir a mi casa a visitarme. De todos modos, dijo, sólo quería ver a

los perros. Tal vez recoger algunas naranjas. Correr por los aspersores. Le dije que no había ninguna ley, que sólo parecía extraño, eso es todo.

— ¿Extraño? — dijo—. —No hay nada de extraño en que seamos amigos—. Ella consideraba que éramos amigos. Pensé que era estupendo, pero al mismo tiempo me preguntaba si mi padre lo vería así. “¿Amigos?” Quiero decir, ¿qué significaba eso para ella? ¿Quería decir que, cuando yo veía su bolsa moverse en sus rodillas, sólo estaba viendo eso?

Había veces en aquel tiempo cuando pensaba que nunca saldría vivo de ahí. Tendría que llegar a ser un golfista famoso o un veterinario o algo así por el estilo. Tendría que escapar completamente. Tendría que cambiarme de nombre, cortarme el pelo de un modo diferente, vestirme como se vestían antes. Empezar a escuchar la música de Tommy Dorsey. No sé. ¿Y si Felicity decidía seguirme el rastro? ¿Y si mi padre se enterara? ¿Y si él decidiera aniquilarme o hacer que me arrestaran o algo así? ¿Y si se volviera completamente loco? No hay que olvidar que hay locura en la familia. Hubo un tataro algo —un tío o un primo o alguien — que en aquel entonces se escapó para vivir con los indios, tuvo muchas esposas, muchos hijos, dejó de hablar nuestro idioma por completo, se metió en la astrología, tuvo esclavos cheroquis. No sé. Yo no quería acabar así, eso es seguro. Tenía que encontrar un modo de salir de ahí. Completamente.

Nunca antes había estado con una mujer de ese modo, especialmente una mujer mayor, aunque Felicity tenía sólo catorce o quince años en ese tiempo. Se sentía enorme. Estaba perdido en su cuerpo. Sus pechos eran inmensos y jadeaban como distantes olas marinas dentro del brasier de mujer, que ella debió haber tomado “prestado” de su madre. Las tablas del piso se sentían duras como roca en mis rodillas. El tapete de trapo se había resbalado y nadé encima de ella revolviéndome como si nunca llegaría al otro lado. Ella comenzó a gritar y a hacer los mismos ruidos que había hecho con mi padre la primera vez. Estaba seguro de que su voz se

oiría a través de por lo menos veinte acres. Sobre las cabezas de ganado pastando, lagartijas frenéticas. Sus ojos estaban apretadamente cerrados, y me agarraba el pelo a puños grandes. Yo seguía rezando para que mi padre no se apareciera en medio de todo esto. Después de tantos días que ella lo esperó, ¡finalmente se aparece en medio de todo esto! ¡Era insoportable imaginarlo! Me le monté como a un pony, tratando de mantenerme en esa posición. Ella se deslizó, agarrándome entre sus piernas y me jaló hacia ella. Era un revoltijo increíble. Mi leche por todos lados. De pronto saltó, recogió toda su ropa, y salió por la puerta de enfrente, medio desnuda, después se dio vuelta en el porche y corrió de regreso, y se me subió encima. Yo todavía estaba tirado, desconcertado. Pensé que me iba a aplastar. Simplemente por su peso. Su hueso pélvico. Pensé que ya se había acabado, y allí estaba ella otra vez encima de mí, excepto peor— más salvaje, más enorme. Su boca se abrió y vi animales diminutos escapando, animales diminutos que estaban atrapados dentro de ella todo este tiempo. Volaron como si algo los pudiera atrapar y jalarlos de regreso al confinamiento. Podía sentirlos posarse sobre mi cara y moverse entre mi pelo, buscando un lugar para esconderse. Cada vez que ella gritaba, los animales salían volando en pequeñas nubes, como mosquitos diminutos: dragoncitos, pescados voladores, caballos sin cabeza. Salían dando tumbos, rascándose uno al otro. Lo increíble del caso es que la tuve parada todo este tiempo. Aun después de eyacular por dondequiera. La tenía tan dura como un saludo militar de piedra. Eso debió haber sido por lo que ella regresó.

Evité a mi padre después de eso. Lo podía ver en su mecedora al atardecer, con un vaso de whiskey y un vaso de leche al lado, hurgando las cicatrices de la metralla en la parte posterior del cuello y mirando a la nada desde la puerta del porche de la entrada. Seguía pensando que de algún modo él sabía sobre mí y Felicity. Que ella le había dicho en un momento de pánico. Que ella de pronto había tenido un momento de “honestidad” y había soltado la lengua. Que era eso

por lo que él estaba siempre mirando a la distancia. De todos modos, no tenía sentido que él no me hubiera atacado de inmediato —tan pronto como lo averiguó. ¿Por qué esperaría? Él no era un hombre que calculaba sus acciones cuidadosamente. Si me echaba, ¿a dónde iría a parar yo? ¿Bakersfield?

Éste era el tipo de cosas en las que yo pensaba mientras deambulaba cada vez más lejos de la casa. En cuanto se hizo noche, mantuve como punto de referencia la luz de la cocina. Me tropecé con surcos de arado y traté de mantenerme a la orilla de los campos, para no dañar las semillas o cosechas que ya estaban creciendo. Nuestras ovejas me oyeron y salieron corriendo en una explosión de gris, lejos de la cerca de alambre. Vi la luz encendida de su recámara y sabía que se estaba lavando los dientes, con el vaso de whiskey en el lavabo de porcelana al lado suyo. Era el mismo cuarto donde vi a Felicity brincando en el colchón. El mismo cuarto donde la vi arrojar la jarra de vidrio. Un búho de un blanco puro se lanzó sobre un ratón de campo, lo atrapó, después aleteó hacia la oscuridad. ¿Qué le habría preguntado a mi padre si yo hubiera tenido agallas? ¿Le habría preguntado quién era él? ¿Quién pretendía ser? ¿Le habría preguntado en qué pensaba? ¿Había él “visto” algo? ¿Pensaba que yo pudiera haber hecho cosas con ella a sus espaldas? ¿Ponerla caliente y manosearla? ¿Provocar que le salieran esas manchas rojas en el cuello y en la cara? Sudar. ¿Hacerla que arrojara los calzones de su madre en las baldosas? ¿Pensaba que yo pudiera ser el que ella realmente amaba?

### **HOMBRE EN MINIATURA EN LA PLAYA**

Ellos están ahora en la playa. Carpintería o Ventura — muy soleado y caluroso. El Mercury 49 está estacionado cerca de la autopista, enfrente del violento Pacífico. Todas las

ventanas han sido bajadas y la cajuela está totalmente abierta. El aire salado circula a través de él, soplando arena sobre las puertas blancas, casi sepultándolas. Ninguno de los cadáveres en miniatura está en evidencia. Sólo el auto — como si hubiera sido abandonado de prisa. No hay nadie alrededor. Sólo el viento. El viento otra vez.

Al fondo de la playa, al pie de los acantilados, las miniaturas están en hilera de espaldas en la arena, como tomando el sol, aunque ya están muertas. Las gaviotas circulan sobre ellas, esperando la oportunidad de llevarse una y despedazarla. Los gangsters están tendidos en hilera al lado de los cadáveres. Ellos, también, parecen como si estuvieran tomando el sol, pero ellos definitivamente están todavía vivos. Dos de ellos se quitaron las camisas y le están aplicando aceite de bebé a su piel trigueña. Todos los gangsters tienen puestos sus sombreros de fieltro, y todos ellos tienen puestos carísimos lentes oscuros, diseñados en Roma, de una marca que no puedo pronunciar. Ninguno de ellos tiene puesto bloqueador solar. Están muy orgullosos de su herencia siciliana como para lucir narices blancas como una bola de payasos de circo. Todos ellos se han quitado los zapatos y los calcetines de vestir de seda. Mueven en la arena los dedos de los pies con manicure y les silban a las muchachas que pasan. Llaman a un grupo de muchachas y les muestran la hilera de cadáveres en miniatura tendidos de espaldas. Tomando el sol. Las muchachas se van corriendo horrorizadas, gritando, cubriendo sus narices, aunque el olor a muerte es muy débil a través de la envoltura de plástico. Una de ellas corre hacia el mar como si fuera a vomitar. Todos los gangsters se ríen histéricamente y se chocan las palmas de las manos en el aire tan violentamente que uno de ellos realmente piensa que se ha roto la muñeca. Un mesero negro se aparece en esmoquin y guantes blancos, manejando un carrito de golf eléctrico. Todos ordenan mojitos, excepto uno, que ordena un *vodka tonic*. Después de escribir



sus órdenes, el mesero negro brinca a su carrito de golf eléctrico y se dirige a la casa club. Se puede apenas ver el techo a la distancia, donde un grupo de palmeras esbeltas se columpia.

### **PILAS DE SU PROPIO ESTIÉRCOL**

Lo que uno recuerda más sobre los corrales de engorde es el olor — el olor, mucho antes de realmente ver el ganado, generalmente cruzas de Holstein apeñuscadas, bandas indiferentes encima de pilas de su propio estiércol. Uno las imagina percibiendo la muerte — su futuro como hamburguesas congeladas — pero puedo estar otorgándoles una premonición que ellas no poseen. Las mañanas en San Joaquín siempre traen neblina. Su origen es misterioso, porque casi no hay humedad de la que hablar. No hay agua, excepto por los plácidos canales de irrigación: enormes aspersores goteando; pipas transportables de plástico blanco a la orilla de las hileras de lechuga. Le llamábamos “neblina tul” cuando trabajábamos la alfalfa, cargando camiones con pacas cuadradas en el verano. Pero eso fue más al sur, cerca de Chino, donde estaba más verde y de hecho llovía un poco.

Me metí en la cabeza que podía caminar veintisiete kilómetros al corral de engorde en el quinto día al hilo en que Felicity se apareció, otra vez, pidiendo ver a mi viejo, que nunca estaba ahí. La invité a pasar, como siempre, para resguardarla del solazo, la hice que se sentara, como siempre, en la silla de mimbre, y le serví la usual jarra de té helado. Ella se sentó del mismo modo que siempre lo hacía — con su espalda erguida y sin que la silla le diera para nada soporte a su espina dorsal. Puso su bolsita negra en el piso y balanceó el té helado del mismo modo — en sus rodillas, que estaban siempre muy juntas y muy bronceadas. Inventé alguna excusa para regresar a la cocina y me salí a escondidas por la parte de atrás, asegurándome de que la puerta

con tela metálica no se azotara cuando la cerré. Corrí cerca de cien metros, hasta que me dolieron los pulmones, después caminé a grandes pasos a lo largo de la autopista 5.

Los sabaneros trinaban, después salieron disparados de un campo de cebada, aterrizando en postes de mezquite. Como los indios en la parada del autobús, ellos nunca te mirarían directamente a la cara. Había saltamontes dondequiera, y moscas verdes se le estrellaban a uno en los ojos, como si estuvieran ciegas y suicidas. Grupos de jornaleros japoneses con sombreros de paja que parecían gotas de chocolate estaban trabajando parches de fresa. Una línea larga de eucaliptos de goma azul marcaba la cuneta de la carretera y producía sombra en acres y acres de calabacitas de verano.

Comencé a inventar en mi cabeza lo que le diría a mi padre cuando llegara allá. Una especie de monólogo deshilachado, mientras continuaba mi marcha hacia la forma difusa de un carro esporádico, en camino de subida a San Francisco o de bajada a L.A. en línea recta. “Está realmente desesperada por verte Pa. No vendría todos los días si no lo estuviera. Quiero decir que, tal vez podrías sólo ir a la licorería y llamarla. O me podrías dar un mensaje, tal vez, y yo se lo daría. O una nota. Una nota sería aún mejor, ¿no? Ella vería que la habías firmado y todo eso. Sería casi como hablar con ella. Tal vez se imaginaría tu voz, es más. Tu cara. Como si realmente estuvieras hablando con ella. Pudiera —no sé, pudiera tranquilizar su mente o inclusive hacerla pensar mejor de ti. ¿No? Toda esta situación. Yo creo que realmente le gustas. De verdad. El modo en que habla de ti. Quiero decir, no puedo soportar cuando ella se aparece buscándote y tú nunca estas ahí. No sé qué hacer. No sé. Quiero decir, no sé qué hacer. Algunas veces trato de hablarle, pero tú sabes que yo no soy bueno para eso. No sé qué hacer. Invento cosas. Sí, eso hago”.

El camino a Coalinga estaba caluroso y polvoriento. Ni siquiera intenté pedir un aventón. De todos modos, la gente nunca se detiene cuando va así de rápido. Ocasionalmente, algún agente viajero viejo y maricón. Uno los puede identificar de inmediato. Conduciendo solos. Un montón de trajes y camisas colgando de ganchos de alambre detrás de ellos. Sus cojones enrojecidos colgándoles de la bragueta. Caminé lentamente sobre la grava de la cuneta, a través de pañales desechables, tapas de botellas, y condones usados. Los cuervos y cenizales eran puntos sobre la longitud de las cercas. Un tipo en un viejo tractor *Massey Ferguson*, tratando de ser un “pequeño granjero solitario” resistiendo en contra de los “*big boys*”. Letreros sobre los derechos al agua y cómo los políticos tenían la culpa por la escasez. Árboles en flor de almendras blancas. Cajas de abejas polinizando chabacanos. De vez en cuando un puesto en el camino vendiendo higos y sandías. Tenía tantas ganas de marcharme de este lugar.

Comencé a preguntarme cómo Felicity pudo habernos encontrado. Cómo pudo nada más haberse aparecido aquí en este valle alejado de la mano de dios. Se me hizo claro que Felicity era lo que uno llama “menor de edad”, un “anzuelo”, o como se llame. Hombres mayores solían usar ese término, “anzuelo”, cuando hablaban de hacer algo ilegal como eso, porque si no nunca se lo hubieran llevado. Los policías. A mi papá. Nunca hubiéramos tenido que mudarnos de la casa de huéspedes en plena noche del modo en que lo hicimos. Él nunca hubiera tenido que aceptar un empleo en el corral de engorde. Ni siquiera sabe cómo montar a caballo. Sólo conduce una camioneta. Sube y baja las líneas de vacas, que berrean y esperan las bolas de alfalfa. Tal vez la mujer con el largo abrigo rosa era la mamá de Felicity y nos había seguido en secreto. No sé por qué. Tal vez las dos viven aquí. En algún lugar del pueblo. Y la madre manda a Felicity para acá todos los días. Un día tras otro. Como una especie de carnada. “Anzuelo” — tal vez es eso. ¿Por qué no está en la escuela? Me pregunto. Es verano. No es que a su madre le importe un carajo la

escuela. No me la imagino preparando a Felicity para una elegante escuela para señoritas en el este del país o para alguna prestigiosa universidad, donde continúan hacia “estudios superiores”. No es que Felicity quisiera esa clase de cosas, de todos modos. No sé.

Cuando finalmente llegué al corral de engorde, no había nada sino ganado y polvo y una pestilencia que le ponía a uno los ojos lagrimosos. No podía ver a otro ser humano. Kilómetros de ganado. Negro. Negro-y-blanco. Rojo. Gris. Con manchas. De todos tipos. De todos tamaños. Moscas. Mierda. El aire parecía como si hubiera una guerra cerca. Así es como se sentía.

Guerra y muerte. Fosas comunes. Desolación. Matanza de judíos. Ningún ser humano. Nada sino el constante sonido del ganado berreando, como si sus madres estuvieran perdidas eternamente. Vi una camioneta, kilómetros arriba en uno de los callejones. Se detenía periódicamente. Un hombre salió y echó una bolsa de alimento en el comedero, después le pasó un trinche por arriba mientras las cabezas de ganado se asomaban a través de las pipas y colgaban sus largas viscosas lenguas blancas sobre las bolas verdes. El hombre tiró la bolsa vacía y el trinche en la parte trasera de la camioneta, luego saltó al volante. Fue hacia el fondo del callejón unos cuantos metros, luego repitió el mismo proceso. Y se quedó parado ahí, un larguísimo tiempo, nada más mirando. Sentí el impulso de saludar con la mano, pero no lo hice. Vi la camioneta acercarse cada vez más, pero de algún modo sabía que el conductor no me había visto. Estaba seguro que era mi padre. ¿Quién más sería? Me di la vuelta y me fui, los veintisiete kilómetros completos de regreso a casa. Cuando llegué, ya no estaba Felicity.

## UNA MUECA NO ES UN GRITO

Por qué o cómo fue él encogido en esos varios sueños y apariciones va más allá de mi comprensión. Si es que él se encogió antes o después de su muerte en este planeta es otra pregunta que yo tenía. Antes de su muerte — esto es allá en el 68 ó 69 — yo diría que él ya se había encogido un poco de los hombros y del cuello, pero eso correspondía al proceso natural de envejecimiento. Quiero decir, eso es lo que siempre dicen acerca de la gente mayor, ¿no? “Él era mucho más alto, hasta que ese caballo le cayó encima”, o “Él estaba antes mucho más gordo, hasta que aquella mujer que no sabía cocinar se apareció”, o “Él era antes más ancho, hasta que el río se desbordó”. No importa. La gente hablará. Podría también ser que lo estoy soñando así — diminuto — porque es un modo de distanciarme yo mismo, pero eso es un poco freudiano, ¿no creen? Como si hubiera una especie de inteligencia conduciendo todo esto — el subconsciente o alguna pendejada como esa. Algo en lo que me cuesta creer. De todos modos, ¿por qué querría distanciarme? No hay nada a lo que aún le tenga miedo. Por lo menos, nada que venga de él, de mi padre. Tal vez es su dolor —su sufrimiento. Pero ¿por qué tenerle miedo a su sufrimiento? Eso es lo que me gustaría saber. ¿Qué hay en ello? Para mí, quiero decir. Difícil de decir lo que fue para él. El sufrimiento, quiero decir. Cuando uno ve a alguien hacer una mueca o hacer un gesto de dolor, ¿qué cree que esa persona está sintiendo? No es ciertamente una cosa placentera lo que aparece en la cabeza de uno, o felicidad, tampoco. Nada de eso. Quiero decir, supongo que una mueca o un gesto de dolor pueden significar algo, cualquier cosa, hasta cierto punto, pero ¿tiene uno necesariamente los medios para realmente sentir lo que la persona de la mueca o del gesto de dolor siente? Como sea. Tenerle miedo al sufrimiento del que sufre es lo que estoy tratando de considerar. ¿Es acaso posible? ¿Tener miedo a qué? ¿Que el sufrimiento

podiera llegar hacia uno? Como si ya estuviera ahí, y al ver al que sufre sufrir sólo sacara lo que estaba ya durmiendo dentro pero raramente salía libre. ¿O es la imposibilidad de no saber nunca? Una cosa es segura: una mueca no es un grito y un gesto de dolor no es un grito de angustia. Pero una miniaturización sólo provoca que uno vea más de cerca.

Felicity desapareció. Mi papá caminaba por la carretera en la noche. Decía que no podía dormir, pero yo sabía que era más bien para buscarla, desear que se apareciera. Él apenas hablaba de eso. De hecho, él casi no hablaba punto, sólo hurgaba las cicatrices en la parte posterior del cuello y miraba el fuego de la chimenea. De vez en cuando, oía algún cambio en los perros y saltaba de la silla y se iba corriendo afuera. La puerta con la tela metálica se azotaba detrás de él mientras él miraba hacia la noche y los perros se juntaban alrededor de sus rodillas, pegándole con sus colas al porche. Las gallinas cacareaban y ahuecaban sus plumas desde el cobertizo, donde los tractores estaban estacionados, y un gato pasaba rápido a través del rayo de luz de noche anaranjada producido por el palo de creosota. Él me preguntó otra vez acerca de la última vez que la había visto, y le dije que fue la vez cuando salí para buscarlo en el corral de engorde. Él no pudo recordar esa ocasión, y le dije que era porque en realidad nunca hablé con él, él parecía estar muy ocupado.

— Nunca estoy ocupado—, dijo, luego volteo hacia el fuego de la chimenea otra vez y le dio una patadita al leño. Las chispas volaron hacia el cuarto iluminando la silla de mimbre donde siempre se sentaba Felicity, esperando. Por un segundo, pensé que la había visto, pero sólo estaba soñando. Algunas veces estaba así afuera en la noche, completamente solo. Ni siquiera la luz del establo de un vecino. Sólo nosotros dos y los perros.

Pensé en Felicity — adónde pudo haber ido. Tal vez nunca se había ido sino que se había aburrido de esperar. El aburrimiento era algo real en esos días. ¿Qué va a pasar? Esa era la pregunta. Qué va a pasar. ■